Braulio Anton Ramirez

DE AUDACES ES LA FORTUNA.

COMEDIA ORIGINAL

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON BRAULIO RAMIREZ.

Representada en el Teatro de la Comedia.

MADRID: 1850.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67.

PERSONAGES.

La condesa viuda de Vera-Cruz.
Doña Lutgarda, *hija de la condesa.*
Doña Elisa, *sobrina de id.*
Doña Tomasa, *patrona de huéspedes.*
Don Cesar.
Don Darío.
Don Silvestre.
Don Juan.
Un escribano.
Pascual, *criado de doña Tomasa.*
Un criado de la condesa.

La escena pasa en Madrid.

Esta comedia es propiedad de los *señores Gullon, Lujan y Franco*, editores de la coleccion de obras dramáticas, titulada El Teatro, los cuales perseguirán ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino sin su autorizacion, conforme á la *Ley de propiedad literaria* y Real decreto orgánico de Teatros de 7 de febrero de 1849.

ACTO PRIMERO.

Sala de una casa de huéspedes.—Fondo á izquierda y derecha. —Puerta lateral á la izquierda y una ventana á la derecha. que figura dar á la calle.

Una mesa con varios papeles desordenados.

ESCENA PRIMERA.

PASCUAL *arreglando los papeles de la mesa.*—DOÑA TOMASA *saliendo por la izquierda del foro.*

TOMASA. Qué estás haciendo haragan?
PASCUAL. Arreglando estos papeles.
TOMASA. Curioseando como sueles.
PASCUAL. Si yo no sé...
TOMASA. Anda holgazan.
PASCUAL. ¿Holgazan yo? pues me alegro,
y curioso! ¿hay mas que ver?
TOMASA. Pues yo te he visto leer.
PASCUAL. Pues si me estorba lo negro.
Si yo supiera, tal cual,
pero...
TOMASA. Calle y no replique.
PASCUAL. No quiere usted que me esplique?
TOMASA. Digo que calles, Pascual.
PASCUAL. Está bien.

717139

TOMASA. Tú, segun veo,
eres un poco atrevido.
Los huéspedes, ¿dónde han ido
tan de mañana?

PASCUAL. A paseo.

TOMASA. Ola! tambien esa es treta,
pero conmigo no pasa:
prometo á fe de Tomasa,
acabar con la burleta.
Pillastres! y con que calma,
con que mónita y que modos
me han comido hasta los codos
y empeñádome hasta el alma.
Siempre diciendo «Patrona,
en cuanto este mes espire,
no dude usted que me gire
mi casa de Barcelona.»
Otra vez «Una semana
son las treguas que suplico,
pues sino de Puerto-Rico,
vendrán letras de la Habana.»
Oh! tanto mentir corrompe,
y deben tener presente
que si vá tanto á la fuente
el cántaro, al fin se rompe.
Quién ha venido hace poco?

PASCUAL. Un muchacho.

TOMASA. Y qué queria?

PASCUAL. Para don Cesar traía
un papel.

TOMASA. Para el mas loco!
vamos, Pascual, date priesa,
que ya es hora de almorzar;
no quiero hacer esperar
á esos otros; pon la mesa.
Vaya, deja esos papeles.
(*Se oye una campanilla.*)
Don Juan llama, vé corriendo.

PASCUAL Allá vá!

TOMASA. Y en concluyendo,
vete á poner los manteles.

ESCENA II.

PASCUAL *y* DON JUAN, *que vestido de bata sale por la puerta lateral.*

JUAN. Aquí salgo yo á buscarte.
PASCUAL. Pues gracias por el favor.
JUAN. Sabes leer?
PASCUAL. No señor.
JUAN. Acertarás á una parte?
PASCUAL. Dando señas....
JUAN. En la plaza,
número diez, principal,
se te olvidará, Pascual? (*Le dá una carta.*)
PASCUAL. No señor.
JUAN. Lucas Arriaza.
PASCUAL. Está bien.
JUAN. Y vete pronto,
para que no se te olvide.
PASCUAL. No señor, usted descuide,
no me crea usted tan tonto.
(*Don Juan se detiene leyendo un periódico.*)
(Que me olvide es facilillo
porque á veces soy muy ganso:
ínterin tendrá descanso
con la otra, en el bolsillo.)

ESCENA III.

DON JUAN.—DON SILVESTRE *con espuelas y látigo.*

SILVESTRE. Don Juan!
JUAN. Beso á usted la mano.
SILVESTRE. Cómo vá?
JUAN. Perfectamente.
SILVESTRE. Sea usted, don Juan, indulgente
si es demasiado temprano.
JUAN. Ver á usted es mi deseo.
SILVESTRE. Yo recibo una alegria;
al ver tan hermoso dia
me animé á dar un paseo,
y dejando mi alazan

con mi criado en la calle,
subí diciendo, quizá halle
á mi querido don Juan.

JUAN. Lo agradezco cordialmente,
mas siento que tan de prisa...

SILVESTRE. La mision es muy concisa.

JUAN. Suplico á usted que se siente.

SILVESTRE. Mil gracias: usted ¿ha hablado
con la condesa?

JUAN. Pues no!
cosa que prometa yo...

SILVESTRE. Oh! gracias ¿qué ha contestado?

JUAN. Poco á poco, don Silvestre,
no corre tanto el asunto;
basta con llegar al punto
de que propicia se muestre.

SILVESTRE. Es verdad.

JUAN. Yo como soy
el tu-autem de aquella casa,
á hacer nada se propasa
si mi sancion no lo doy.

SILVESTRE. Me consta.

JUAN. Con cierto ardid,
la probé la utilidad
de casar su hija.

SILVESTRE. Es verdad,
y qué ocasion mas feliz?

JUAN. A eso voy; llegado el caso
de verla conforme á ella,
dige que una ocasion bella
nos salia muy al paso.
Que yo sabia de un hombre
rico, galante y no feo...

SILVESTRE. Gracias.

JUAN. Que abriga el deseo
de darla su mano y nombre.

SILVESTRE. Poco á poco, amigo mio:
lleve mi mano desde hoy,
mas mi nombre... no, no estoy
por tamaño desvarío.
Mi nombre! ¿sabe don Juan
lo que me tiene aburrido?

JUAN. Por qué?
SILVESTRE. Es el peor que ha discurrido
toda la raza de Adan.
JUAN. Ave María purísima!
Silvestre... no hay por que abrigue
ese horror.
SILVESTRE. Y lo que sigue?
JUAN. Qué! es cosa rara?
SILVESTRE. Rarísima!
JUAN. Pero es acaso un desdoro?
SILVESTRE. No sé que nombre le cuadre;
¿recuerda usted de mi padre
el nombre?
JUAN. Sí, Pablo Toro.
SILVESTRE. Y de mi madre?
JUAN. Igualmente,
Luciana Bravo, famosa
por lo rica y por lo hermosa.
SILVESTRE. Y usted no alcanza en su mente?..
JUAN. Se comprenderlo no acabo.
SILVESTRE. Si su apellido tomé,
quiere decir que seré.
JUAN. Don Silvestre...
SILVESTRE. Toro Bravo.
JUAN. Y es verdad! oh! qué ocurrencia!
SILVESTRE. Eso es, á usted le hace gracia,
lo que es para mí, desgracia,
que acibara mi existencia.
JUAN. Es posible?
SILVESTRE. No le asombre,
señor don Juan, que tal diga;
esa desgracia me obliga...
JUAN. A qué?
SILVESTRE. A ocultar mi nombre;
pues donde quiera que voy,
si hay uno á quien lo confie,
él lo publica y se rie,
y objeto de burla soy.
¿Por qué en sus tratos sociales
los hombres no lo meditan,
y de esa manera evitan
coincidencias tan fatales?

JUAN. Mas ¿quién de atar ese cabo
se cuida al buscar la novia?

SILVESTRE. ¿Y al pobre que se le agovia
llamándole Toro Bravo?

JUAN. Já! já! já!

SILVESTRE. Amigo querido,
usted no pasa esos lances,
é ignora usted los percances
que atrae un mal apellido.

JUAN. Pues luego?

SILVESTRE. Allá en Zaragoza,
cansándome el celibato,
de casarme hice el contrato
con una arrogante moza.
Su dote era desmedido,
me amaba con frenesí,
y la boda destruí...

JUAN. Y por qué?

SILVESTRE. Por su apellido.

JUAN. De veras?

SILVESTRE. No es alharaca;
hablo con sinceridad.

JUAN. ¿Era por casualidad
Toro tambien?

SILVESTRE. Era Baca!
Y yo dige; á los infiernos!
no es justo que yo me inmole
por dar al mundo una prole
que salga anunciando cuernos.

JUAN. Tuvo usted razon.

SILVESTRE. No obstante,
viéndome solo en el mundo,
propósito hice profundo
de hacerlo mas adelante.
Usted, que es en todo ducho,
caer me hizo en la cuenta
de que un hombre de mi renta,
hoy puede aspirar á mucho.
Y así, sin saber por donde,
será mi anhelo cumplido,
sepultando mi apellido
bajo el título de conde.

JUAN. Tal creo, si á desgraciarse
no llega mi buena obra.
SILVESTRE. Y la hija?
JUAN. Esa de sobra
que rabia ya por casarse.
SILVESTRE. ¿La dijo usted que era yo
el osado pretendiente?
JUAN. Fué tan embozadamente,
que juzgo no me entendió.
Ahora el resto de la empresa,
toca á usted.
SILVESTRE. Y qué he de hacer?
JUAN. Hoy mismo pasar á ver
á la señora condesa.
SILVESTRE. Supongo estará advertida...
JUAN. Sí, mas no hable de amores,
sin llevar algunas flores
que es la señal convenida.
SILVESTRE. Un ramo?
JUAN. Para Lutgarda
la hija de la condesa.
SILVESTRE. Mas don Juan...
JUAN. La seña es esa
con que al aspirante aguarda.
SILVESTRE. ¡Oh recurso peregrino
protector de mis amores!
¿con que es un ramo de flores
quién me ha de abrir el camino?
Oh! gracias á usted don Juan
que tanto bien me dispensa:
le he de dar en recompensa...
mi magnífico alazan.
JUAN. No, no señor.
SILVESTRE. No hay mas ley
que mi capricho, don Juan:
de usted será el alazan,
alhaja digna de un rey.
JUAN. Yo prefiriera mejor...
SILVESTRE. El qué? riquezas?
JUAN. No es eso.
SILVESTRE. Pues qué?
JUAN. Quizá sea un esceso;

la verdad, me da rubor...

SILVESTRE. Diga usted, que yo lo entienda.

JUAN. Si se efectúa la boda,
lo que mejor me acomoda,
es administrar su hacienda.

SILVESTRE. No es mas que eso?

JUAN. Justamente,
pues juntos sus capitales,
serán los mas colosales
que haya de Oriente á Poniente.

SILVESTRE. Su demanda no resisto;
se lo concedo, don Juan.

JUAN. Oh! gracias!

SILVESTRE. Y el alazan
ademas, en ello insisto.

JUAN. Tanta bondad, acrecienta...

SILVESTRE. Usted la merece toda:
quiera Dios se haga la boda,
lo demas, es de mi cuenta.
(*Se dispone á marchar.*)

JUAN. Señor de Toro...

SILVESTRE. Chist! basta:
suprima el otro apellido.

JUAN. Qué ocurrencia!

SILVESTRE. Adios, querido:
compadezca usted mi casta!

ESCENA IV.

DON JUAN.

Si el proyecto al fin abordo,
como á mí, á nadie interesa:
casa su hija la condesa,
y haces Juan tu caldo gordo.
Yo seguiré administrando
su hacienda, y luego la de él,
y á sus ojos siendo fiel,
iré mi hucha acrecentando.
De otra manera, ¿qué cuenta
á un estraño presentara?
para el tonto que pensara

poner su secreto en venta!
El conde de Vera-Cruz
creen no hizo testamento
cuando es el gran elemento
que tiene Juan Aguiluz.
¡Mas si por mi mala estrella
se descubriera tal cosa!..
qué idea tan espantosa!
no quiero acordarme de ella.
Que aunque hay un hombre fatal,
testigo del testamento,
yo le tengo muy contento,
y él no será desleal.
¿A qué abandonar la huella
si me hago rico á mansalva?
la ocasion la pintan calva,
y hay que aprovecharse de ella.
(*Váse por la puerta lateral.*)

ESCENA V.

PASCUAL *aparece en el umbral; luego* DON DARIO *y* DON CESAR *quien se coloca en la ventana.*

PASCUAL. Calla! suben la escalera
don tramposo y compañía:
hoy será gracioso el dia:
buena broma les espera!
DARIO. El estómago reclama
un refuerzo, Pascualito.
PASCUAL. Ola! con que hay apetito?
voy á decírselo al ama.
CESAR. Mira: pintado parece:
qué caballo, vírgen santa!
qué gallardía! qué planta!
ahí está lo que enloquece!
Mejor no le hace un pincel:
cómo piafa! qué corvetas!
á tener diez mil pesetas...
todas las diera por él.
DARIO. Qué antojo se te ha ocurrido!
CESAR. Sí que es pecado mortal

cuando no se tiene un real,
un antojo, convenido.
(*Se sientan.*)
Ay! mi cuerpo está deshecho,
y el alma tengo molida:
no te perdono en la vida
lo que madrugar me has hecho.
Levantarme... San Fabricio!
con la luz de las estrellas!
ni tú ni todas tus bellas
valeis tan gran sacrificio.
(*Aparenta dormitarse.*)

DARIO. Vaya Cesar no seas loco;
ya me tienes aburrido:
y á ver, ¿qué es lo que has perdido
con madrugar hoy un poco?

CESAR. Pero algo hubiera ganado
si hubiese estado durmiendo.

DARIO. Ganado? No te comprendo.

CESAR. Siquiera... estar descansado.

DARIO. Déjate de bufonadas
y confiesa que es hermoso
en el estío ardoroso
disfrutar las mañanadas.
Mirar cuando nace el sol
cual rompe al arder su llama,
y cuan suave luz derrama
entre nubes de arrebol.
Ver la flor lozana y pura
á quien el rocío esmalta;
la mariposa que salta
y el arroyo que murmura.
Aspirar el aura leve
y el perfume de las flores,
y escuchar los ruiseñores...

CESAR. (*Levantándose incomodado.*)
Sí, y el diablo que te lleve.
Malditos enamorados
que no están en su elemento
sino vuelan por el viento
con sueños disparatados.
¿Qué tengo yo con las flores

ni el arroyo cristalino,
ni el paseo matutino
del ángel de tus amores?
Dejárasme con morfeo
en paz y en gracia de Dios,
y os entendiérais los dos
sin hacer yo el cirineo.
Que á mí, maldito el placer
que me causa ser lacayo
de la otra papagayo,
y una vieja lucifer.

DARIO. Pobre Lutgarda! ¿no viste
que sentimiento formó
cuando al estanque cayó
la rosa que tú la diste?
Y tú, tan indiferente!
al par que ella, con sus ojos
quiso atraer los despojos
que llevaba la corriente.

CESAR. Pues hijo, no hablo de Elisa
porque es tu amante y me basta,
mas si la vieja me aplasta,
Lutgarda me da asco, ó risa.
Y digo, que es delicioso
ir un hombre hecho un peal
desde el Retiro al Canal
sin querer haciendo el oso.
Llevar al lado el vestiglo
de una vieja fea y rara,
y á su hija, cuya cara
es notable en este siglo.

DARIO. Vaya, Cesar.

CESAR. Lo exajero?

DARIO. Tú no sientes lo que dices.

CESAR. ¿Pues no la ves las narices
que son propias de un carnero?
Y sus carrillos? jaspeados
con brochazos de carmin:
la boca, no tiene fin:
los ojos alagartados.
Pues y los dientes? qué acopio!
y la barba? Jesucristo!

vaya chico, yo no he visto
jamas un diablo tan propio.

DARIO. Pues mira, donde la ves...
la tal niña...

CESAR. Que? sepamos.

DARIO. Segun dice Elisa...

CESAR. Vamos
qué es ello?

DARIO. Pasan de tres.

CESAR. Pasan de tres!.. ¿los campeones
que por ella están en lid?

DARIO. No, Cesar, no está ahí el quid.

CESAR. En qué está?

DARIO. En sus tres millones.

CESAR. Oh vírgen del Tremedal!

DARIO. Así lo dice su prima.

CESAR. ¿La suerte se ha echado encima
ese pecado mortal?

DARIO. Iten mas, y lleva cuenta
con lo que te voy diciendo:
tiene una dehesa en arriendo,
que vale otro medio en renta.
Tiene giro en Filipinas,
y abastece los estancos:
tiene impuestos en los Bancos,
lleva parte en las salinas.
Y...

CESAR. Sí, el oro del Perú,
me cansa tanta locura:
no hay ninguna criatura
mas sandia y necia que tú.

DARIO. Qué? lo dudas?

CESAR. No lo dudo
porque eso no admite duda:
¿qué ha de tener esa viuda
sino es vejez?

DARIO. Pues acudo
á ese don Juan Aguiluz
que habita el cuarto inmediato,
y fué administrador nato
del conde de Vera-Cruz.
Y aun hoy, para que lo entiendas,

ese es quien les saca el jugo.

CESAR. Ola!

DARIO. Siempre fué el verdugo
de su dinero y haciendas.
Y el caso es, que está hecho un Creso
con la capita de santo,
y á las pobres, entretanto
las tiene sorbido el seso.

CESAR. Hace bien por vida mia
si así logra su fortuna;
en los cuernos de la luna
al tal Aguiluz pondría.

DARIO. Calla, César, ¿estás dado?..

CESAR. Hablo con sinceridad;
quien roba una mezquindad,
ese es un pobre menguado.
Mas no hace una cosa mala,
aquel, que con maña y arte
del rico el oro reparte
y así la riqueza iguala.
Figúrate si tuviéramos
algun conde ó condenado
de riquezas abrumado,
ambos á dos, qué no hiciéramos?
Tú sin empleo ni oficio:
yo un oficial de reemplazo
que solo cuento un balazo
en premio de mi servicio.
Con mas trampas que un bolsista:
mas ambicion que un avaro:
me gusta... yo soy muy claro,
la igualdad; soy comunista.

DARIO. Vaya, Cesar, con cachaza
toma el tiempo y...

CESAR. ¡Que lo tome
con cachaza! ¿y qué se come
en tanto? papel de estraza?

DARIO. Déjate hombre, que el ministro
me dá grandes esperanzas.

CESAR. Ya veremos lo que alcanzas.

DARIO. Ser oficial de registro.
Oh! y estoy seguro de ello:

luego boda y en seguida...

CESAR. Sí; pones fin á tu vida
con una soga en el cuello.
Tú en esas cosas pensando,
y yo de astío muriendo;
ver nuestro sastre gruñendo,
y á la patrona rabiando.
Ese otro del pagaré
que nos prestó seis mil reales,
me clava seis mil puñales
cada dia que me vé.
Debemos la lavandera,
planchadora, zapatero,
café, botica, barbero,
y en fin... hasta la estanquera!

ESCENA VI.

Dichos.—PASCUAL, *con dos cartas en la mano.*

PASCUAL. Don Cesar...
CESAR. Qué se te ofrece?
PASCUAL. Esta carta que me han dado
para usted.
CESAR. Quién?
PASCUAL. Un criado:
no, es esta otra me parece.
CESAR. Cuándo la trageron?
PASCUAL. Pasa
de dos horas.
CESAR. Ah! mastuerzo!
PASCUAL. Se me olvidó.
DARIO. Y el almuerzo?
ú hoy se ayuna en esta casa?
PASCUAL. Es que...
CESAR. Pronto, que ya es hora:
no repliques mas, y anda.
PASCUAL. Yo obedezco á quien me manda,
y me ha dicho mi señora...
DARIO. El qué?
CESAR. Dí por Barrabás.
PASCUAL. La verdad, mucho me pesa.

CESAR. Habla.
PASCUAL. Que no ponga mesa
para ustedes.
CESAR. Qué?
PASCUAL. Jamas.
Que se vayan en buen hora
lo mismo que se han venido,
y lo perdido perdido.
DARIO. Eso ha dicho tu señora?
PASCUAL. Ni mas ni menos.
CESAR. Qué tal!
habrá insolente!
DARIO. ¡Nos niega
la comida!
CESAR. A tu ama ruega
que pase á vernos, Pascual.

ESCENA VII.

DON CESAR.—DON DARIO.

CESAR. Oyes, Darío del alma?
has oido la sentencia?
por Cristo que no hay paciencia
y que se agota la calma.
DARIO. Y qué hacemos en tal caso?
qué piensas decirla tú?
CESAR. Lo sé yo por Belcebú?
DARIO. Cómo salimos del paso?
CESAR. (*Abriendo la carta.*)
Calla, calla, que esto es grande:
billetes de Banco á mí?
DARIO. Billetes de Banco?
CESAR. Sí.
DARIO. Bendito sea el que los mande!
CESAR. Tres, cuatro, cinco: no hay mas,
una talega! y de quién?
DARIO. Y vaya si vienen bien!
(*Se dirige al cordon de la campanilla.*)
CESAR. Eh! Darío, á dónde vas?
DARIO. A avisar á esa mujer
para enterrarla en dinero:

lo primero es lo primero,
y antes que todo es comer.
Voy, pues, en alas del gozo
á reprenderla su accion...

CESAR. Maldita equivocacion!
todo mi gozo en un pozo!

DARIO. Pues qué es ello?

CESAR. Que estos van
á otro.

DARIO. Cá!

CESAR. Lo que digo.
Es que los manda á un amigo
nuestro vecino don Juan.
Y ese criado avestruz
que es lo mas torpe y agreste,
la mia habrá dado á este,
y me dá la de Eguiluz.
Ah! imposible! para mí
no existe tan buena estrella.

DARIO. Veamos que dice en ella.

CESAR. A la letra dice así:
«Señor don Lucas Arriaza:
«veo con gran sentimiento
«en los renglones que traza,
«que publicar me amenaza
«aquello del testamento.
«Sin que pueda convencerme
«de que tal su intento sea,
«pues que no querrá perderme,
«de rogar no quiero hacerme;
«ahí le vá lo que desea.
«Sabe que su suerte estriba
«en que nunca salga á luz
«lo que dejo escrito arriba:
«secreto, pues, y reciba
«el afecto de
Eguiluz.»
¡Gran secreto debe ser
para que valga mil duros!
Darío... ya no hay apuros.

DARIO. Qué intentas?

CESAR. Déjame hacer.

Pues lo exige la desgracia,
nos haremos superiores:
vengan ahora acreedores,
ya les espera mi audacia.

DARIO. Pretendes acaso usar?...

CESAR. Tal piensas de mí?

DARIO. Perdona.

CESAR. Aquí viene la patrona:
tú oir, ver y callar.

ESCENA VIII.

Dichos.—DOÑA TOMASA.

TOMASA. Caballeros... con licencia:
en qué les puedo servir?

CESAR. Ahora nos va usté á decir,
pero con calma y prudencia,
el motivo poderoso
que la razon la ha ofuscado,
para habernos colocado
en trance tan bochornoso.
Parece segun colijo,
de lo que dice Pascual,
que hoy no almorzamos.

TOMASA. Cabal,
tiene razon si lo dijo.
Y que no tengan ustedes
que pedir peras al olmo,
porque ya pasan del colmo
la bondad y las mercedes.

CESAR. Despacio, doña Tomasa,
no levante usted el grito.

TOMASA. Lo repito, lo repito,
yo no los quiero en mi casa.
Pues huéspedes tan tronados,
que en vez de dar pan lo quitan,
con dejarme en paz, me evitan
entrar en nuevos cuidados.
Que aunque pobre soy honrada
y estas trampas no resisto:
si señor, jamas me he visto

como en el dia empeñada.
Espero, pues, que los dos,
el cargo se hagan de todo,
y que de cualquiera modo,
paguen y vayan con Dios.

CESAR. Su resolucion y ultrage,
perdono á usted sin reproche:
prometo á usted que esta noche
mudaremos de hospedage.
Y aunque demasiado necio
al perdonar su osadía...

TOMASA. Me insulta usted todavía?

CESAR. Callo en fin... y la desprecio.

TOMASA. Jesus! Jesus! y aun se atreven?..

CESAR. Yo así remedio estos males.
(*La da todos los billetes.*)

TOMASA. Qué es esto?

CESAR. Veinte mil reales:
cobre usted lo que la deben.

TOMASA. Es posible caballero?

DARIO. (Pero hombre! estás endiablado?
que vas á quedar colgado.)

CESAR. (Calla y no seas majadero.)

TOMASA. Veinte mil; justos están:
oh! y yo que habia creido!..

CESAR. Que yo era un hombre perdido!
un mísero ganapan!
Bien por Dios, doña Tomasa:
ha quedado usted lucida:
me marcharé... y en mi vida
pondré los pies en su casa.
(*Se pasea y doña Tomasa le sigue los pasos.*)

TOMASA. Señor don Cesar...

CESAR. No mas;
no mas desplegue esos labios,
que á semejantes agravios
no respondo yo jamas.
Qué! ¿quizá se figuraba
cuando la he pedido treguas,
que estaban de aquí á mil leguas
los fondos que precisaba?
¿O mirando al esterior

ha creido por ventura
que era todo una impostura?

TOMASA. Oh don Cesar! no señor.
Yo no he pensado tal cosa.

CESAR. Bien se llega á acreditar,
cuando hice eso... por probar
si era usté ó no generosa.
Sepa usted, señora mia,
que si deseos me asaltan
de gastarlos, no me faltan
dos mil duros cada dia.

TOMASA. Pero por Dios!..

CESAR. Y si á mí
se me antoja, á dos por tres
hago traer en un mes
el oro del Potosí.

TOMASA. Sino digo lo contrario.

CESAR. Deje usted, doña Tomasa:
oh! no vendrán á su casa
mi primo el penitenciario...
Ni el señor conde del Bierzo...
ni el marqués del Rosellon...

TOMASA. Don Cesar! por compasion!
(*Va corriendo á la puerta.*)
Pascual! Pascual! el almuerzo!
Perdone usté una y mil veces
si le he llegado á ofender,
y en premio le ofrezco hacer...

CESAR. Déjese usted de sandeces.
Cobre usted: salgamos fuera
de este asunto que me abruma,
y sino hay bastante suma,
(*Sacando una cartera del bolsillo.*)
sacaré la que usted quiera.

TOMASA. ¿Pero esto cómo se entiende,
siendo de á cuatro mil reales,
si son cuatro onzas cabales
á lo que la cuenta asciende?

CESAR. Cuatro onzas? y qué? ¿por ellas
me viene usté á avergonzar,
y me prohibe almorzar,
y suscita estas querellas?

TOMASA. Ya ve usted; yo soy muy pobre,
y ademas con esos duros,
salgo de muchos apuros.

CESAR. Eh! silencio! calle y cobre.

TOMASA. Es que cambio yo no tengo.

CESAR. Ni suelto tengo tampoco.

TOMASA. Don Cesar, importa poco,
pues á esperarle me avengo.
(*Le devuelve los billetes.*)
Usted mismo busque el modo,
y cámbielos como pueda,
que de mi cuidado queda
repararlo todo, todo.
Serán ustedes servidos
como príncipes ó reyes:
sus mandatos serán leyes,
y sus deseos cumplidos.
No tendrán queja, lo juro
á fe de Tomasa Céspedes,
pero... vendrán esos huéspedes?
qué dice usted?

CESAR. No aseguro
que sí, ni que no; veremos.

TOMASA. Ah! tenga usted compasion,
y no pierda la ocasion
que tan propicia tenemos.
Que esos condes y marqueses
con poco tiempo que estén...

CESAR. Haré que vengan, bien, bien.

TOMASA. Ah! siquiera por dos meses.
Pues teniendo yo un refuerzo
para salir adelante,
soy feliz: voy al instante
á disponer el almuerzo.

ESCENA IX.

DON CESAR.—DON DARIO.

CESAR. Si dura un minuto mas,
de risa creo reviento.

DARIO. Por mí, si tarda un momento,

se lo lleva Barrabás.

CESAR. Qué opinas de la mudanza?

DARIO. Que eres el diablo.

CESAR. Cree chico
que no hay como hacerse rico
aunque sea así... de chanza.
Ni cabe duda ninguna
que en este siglo de gracia,
el que tiene mas audacia,
es el que hace mas fortuna.

DARIO. Mas y ahora, ¿cómo sales
de tanto berengenal?
¿dónde tienes capital
para pagar esos reales?
Como soy que no concibo...

CESAR. Lo srabrás dentro una hora.

DARIO. Pero qué te resta ahora?

CESAR. Lo cierto, lo positivo;
pues si esto ha sido un ardiz
solo por salir del trance,
voy á entrar en otro lance
de un resultado feliz.
Se trata de cierto asunto...

DARIO. Me hablas con formalidad?

CESAR. De una inmensa utilidad
segun para mí barrunto.
Y si en ello no me engaño,
deja que ruede la bola
y tiéndete á la bartola
lo menos menos un año.

DARIO. Tú que dices?

CESAR. Lo que siento.

DARIO. Esos delirios destierra.

CESAR. No, Darío; me da guerra...

DARIO. Qué?

CESAR. Aquello del testamento!
Y segun se me imagina
y presiente el corazon,
hemos dado en el filon
de una magnífica mina.

DARIO. Mira no pierdas el tino...
mira bien donde te metes...

y qué haces con los billetes!

CESAR. Mandarlos á su destino.

(Sale Poscual á preparar la mesa.)

DARIO. Eso es obrar con nobleza.

CESAR. Qué? esperabas otra cosa?
de mí una accion vergonzosa?
vaya al diablo la riqueza. *(A Pascual.)*
Oye, chico, acercaté;
¿has ido ya á ese recado
á que don Juan te ha mandado?

PASCUAL. Por vida san!.. me olvidé!
Aquí tengo todavía
la carta.

CESAR. Tráela aquí.

PASCUAL. Por qué razon?

CESAR. Porque sí;
la has cambiado con la mia.

PASCUAL. De veras?

CESAR. Lo puedes ver,
si crees que yo te engaño.

PASCUAL. No, no señor; no es estraño:
si yo supiera leer!..
Qué siempre así me equivoque!..
Bien dijo mi tio el cura,
sino aprendes la lectura,
serás siempre un alcornoque. *(Váse.)*

CESAR. Adios con cuatro mil diablos!
Echa! echa! qué mandril!

DARIO. Qué es eso?

CESAR. El de los seis mil,
que viene echando venablos.
¡Y capaz será el judío
de hacerlo como lo escribe!
se habrá visto otro caribe?
escucha, escucha, Darío.
«Señor don Cesar Manzano:
«si á tiempo no lo remedia,
«antes que pase hora y media,
«mando á usted el escribano,
«con la obligacion precisa,
«segun órden que le he impuesto,
«que á seguida del protesto,

«embargue á usted la camisa.»
Pero has visto que caiman?
pues por vida de mi nombre,
¿no hay mas que quedarse un hombre
como nuestro padre Adan?

DARIO. Advierte que es cosa seria,
y si un escriba lo fragua...

CESAR. Eh! no te ahogues en poca agua
ni tiembles por la miseria,
que aquí está quien es bastante
á tomar resolucion,
y me sobra corazon
para salir adelante. (*Darío se entristece.*)
Cómo! te dá el arrechucho?
Animo, no hay que temer,
que hoy te vas á convencer
de que Cesar vale mucho.
(*Entra Pascual con el almuerzo.*)
Ya me iba dando calambre,
y el olor de las perdices...

DARIO. Pronto te dió en las narices.

CESAR. Es muy elocuente el hambre,
Pascualito...

PASCUAL. A su mandar,
qué se ofrece?

CESAR. Haz el favor
de decir á ese señor (*Señala la puerta lateral.*)
si nos quiere acompañar.

DARIO. Pero Cesar, ¿á qué viene?..

CESAR. Tú come y calla, Darío:
este es solo asunto mio,
aunque á los dos nos conviene.
No estás de vuelta?

PASCUAL. Voy, voy.
Con que le digo...

CESAR. Volando;
dí que le están esperando
en esta sala.

PASCUAL. Ya estoy. (*Váse.*)

DARIO. Es un bocado esquisito:
mira que trozos tan magros.

CESAR. Cá! si el hambre hace milagros,

y cuando hay este apetito...
¿Pero has visto la patrona,
que una santa parecia,
la sentencia que imponia?

DARIO. Qué inhumana!

CESAR. Qué bribona!
porque una accion semejante,
ya pasa de lo formal. (*Sale Pascual.*)
Ola! ya está aquí Pascual:
qué dice?

PASCUAL. Viene al instante. (*Váse.*)

ESCENA X.

Dichos.—DON JUAN.

CESAR. Señor don Juan!

JUAN. Servidor.
Rindo á ustedes mis respetos:
no hay que molestarse, quietos.

CESAR. Y cómo va ese valor?

JUAN. Por ahora vamos tal cual,
esta vida atravesando:
y ustedes?

DARIO. Vamos pasando.

CESAR. Venga un cubierto, Pascual.

JUAN. No, no señor: ni lo piensen,
que no es hora para mí.

DARIO. Eh! don Juan! no sea usté así.

JUAN. Les suplico me dispensen:
pues si ahora como algo recio,
todo aquí se me ataruga,
y...

CESAR. Un trocito de pechuga.

JUAN. No crean que hago desprecio:
mil gracias.

DARIO. Ahora me toca
hacer á mí una espresion.

JUAN. Señores...

DARIO. Es medio alon.

JUAN. Vamos.

DARIO. Si es una bicoca.

CESAR. Y á casa de la condesa,
ha mucho que usted no ha ido?

JUAN. No, que ayer tarde he subido
cuando estaban á la mesa. (*Dirigiéndose á Darío.*)
Y usted?.. usted, lo sé yo:
no hay que preguntar, no es cierto?

CESAR. Oh! tambien ha descubierto
el señor don Juan...

JUAN. Pues no!
Hace mucho que le veo
como corre, sube y baja:
oh! y la chica es una alhaja.

CESAR. Quién? la Elisa? ya lo creo!

JUAN. Bella como un pino de oro:
virtuosa, cual ninguna:
lleva usted una fortuna,
pues vale mas que un tesoro.

CESAR. Y usted que está en pormenores,
como está de...

JUAN. Eso está verde:
que yo sepa ni me acuerde,
no tiene nada.

DARIO. Señores...
les ruego...

CESAR. Te incomodamos?

DARIO. Hablar así de una dama,
delante de aquel que la ama,
no es prudente que digamos.
Por lo mismo que la quiero
con todo mi corazon,
no me guia la ambicion:
yo busco amor, no dinero.

JUAN. Vaya; su calma recobre
el amante don Darío.
Oh! si viviera su tio,
no estaria ella tan pobre!

CESAR. Por qué?

JUAN. La amaba sin tasa.

CESAR. Sí?

JUAN. Con el alma y la vida:
era de él la mas querida
de todas las de su casa.

CESAR. ¿Y cómo no se acordó
al morir?
JUAN. Ahí está el cuento;
que murió sin testamento,
y eso Elisa se perdió.
Pues de otro modo, aseguro
que esa pobrecita chica,
hubiera quedado rica:
sí, sí señor, de seguro.
CESAR. ¿Conque murió sin testar
el conde?
JUAN. El año pasado:
se embarcó para el condado
y pereció en alta mar.
Usté entonces no ha leido...
CESAR. No recuerdo nada, nada.
JUAN. Pues apenas fué sonada!
y vaya si metió ruido!
Siendo de la aristocracia,
y de suerte tan inmensa,
ya se vé, toda la prensa
se ocupó de su desgracia.
CESAR. Y su fortuna cuantiosa,
don Juan, á quién corresponde?
JUAN. Es claro que muerto el conde,
á su hija y á su esposa.
CESAR. En efecto.
JUAN. Yo administro
sus fincas; cobro sus rentas,
y rindo al año las cuentas...
CESAR. (Si habré dado en el registro!)
Segun eso, la fortuna
de la hija es colosal.
JUAN. Sí; tiene un dote tal cual.
CESAR. Pruebe usted una aceituna.
JUAN. (¡Si querran que les consiga
la hija de la condesa!..)
CESAR. Adelante: me interesa
que usted con la historia siga.
JUAN. Digo á fe de hombre de bien,
que el que case con Lutgarda,
una fortuna le aguarda

de las pocas que se ven.
Mas hay que tener presente,
que es preciso esté al cuidado
un hombre esperimentado,
recto, activo, inteligente...
¿Qué hubiese sido de todo
á no ser por mi interes?
de cuatro partes, las tres
estarian por el lodo.
Viví bajo el mismo techo
diez años cerca del conde,
y así nada se me esconde
y hago á todo andar derecho.

CESAR. (*Dando un golpe en la mesa.*)
Voto á diez mil de á caballo!
he ahí todo mi afan:
un hombre como don Juan,
y en ninguna parte le hallo.

DARIO. (Qué dices, Cesar?)

CESAR. ¿Qué importa
que uno tenga dos terrones,
si se comen los ladrones
á pedacitos mi torta?
Quiero decir, caro amigo,
que por mas que hecho mis cuentas,
el producto de mis rentas,
jamas tocarle consigo.
Una vez por azadones,
otra vez por materiales,
por reparos, por jornales,
y otras por contribuciones.
Lo cierto es que cuanto tengo
no me da para comer,
y hasta llegaré á perder
las fincas de mi abolengo.

JUAN. ¡Eso consiste en las manos
que lo hilan!

CESAR. Por supuesto!
¿quién tiene la culpa de esto
sino son esos villanos?
Esos que á mi sombra crecen,
bribones de cuatro suelas;

hidrópicas sanguijuelas
que ir á la horca merecen.
Y luego, tenga usté hacienda,
mantenga usted ganapanes,
y el fruto de sus afanes,
sea de tunos merienda.
Oh! reniego!..

JUAN. Tenga usté calma,
que ya se corregirán.

CESAR. ¿Pero quiere usted, don Juan,
quiere usted que tenga calma?
Yo dueño de un patrimonio
libre, limpio, acrisolado,
¿merezco verme insultado,
por un quidam ó un demonio?
Y que á pesar de ser rico,
sufriré ese trance amargo;
es decir, me harán embargo
por seis mil reales y pico.

JUAN. Eso es triste, intolerable.

CESAR. Es terrible, si señor,
y así, suplico un favor
á usted que es bueno y amable.

JUAN. Y qué es?

CESAR. Para estos apuros,
mientras que yo acaso escribo,
quiero que, bajo recibo,
me adelante usted mil duros.

JUAN. Siento no sea factible
en tan críticos momentos.

CESAR. No?

JUAN. No señor.

CESAR. Quinientos.

JUAN. Tampoco: me es imposible.

CESAR. Si lo dice usted de chanza,
lo perdono.

JUAN. No se asombre;
se lo juro por mi nombre,
no puedo.

CESAR. (*Levantándose incomodado.*)
Eso es desconfianza.

JUAN. Aseguro á usted...

CESAR. No hay mas.
Usted, Eguiluz, supone
que yo soy...
JUAN. Usted perdone;
no lo he pensado jamas.
Pero hay ocasiones tales,
en que no es facil á uno...
cá! imposible! no reuno
en mi caja dos mil reales.
CESAR. Y no hay medios de lograr?..
JUAN. Imposible.
CESAR. Caso estraño!
¡Oh que triste desengaño
ahora acabo de tocar!
Haced, haced sacrificios:
ejercitad la virtud,
y en cambio, una ingratitud
obtendreis por beneficios.
JUAN. Ingratitud?
CESAR. Si señor;
usted no lo ha comprendido?
pues sepa me he arrepentido
de cuanto he hecho en su favor.
JUAN. En mi favor?
CESAR. Sí por cierto.
JUAN. Como soy que sino aclara...
CESAR. Otro gallo le cantara
si lo hubiera descubierto.
JUAN. Pero cuál?
CESAR. Necio de mí!
¿quién me manda hacer favores
á estos ingratos señores
que no piensan mas que en sí?
JUAN. Dígame usted en conciencia...
CESAR. Cállese usted, voto al diablo,
que si habla mas de un vocablo,
doy al traste mi prudencia.
JUAN. O lo dice usté al momento,
ó lo creo una patraña.
CESAR. Sí? pues sabrá toda España...
JUAN. El qué?
CESAR. Lo del testamento.

JUAN. Del testamento?
CESAR. Ola amigo!
parece que se ha alarmado.
JUAN. (Si estará este hombre endiablado?
está dado al enemigo?)
Usted qué sabe?
CESAR. Aprension!
nada sé.
JUAN. Señor Manzano!
CESAR. Ya ve usted; tengo en la mano
su suerte ó su perdicion.
JUAN. (¿Pero es posible que encierre
mi secreto esa cabeza?)
CESAR. (Mira: á hacer su efecto empieza.)
He de hacer una... que aterre!
JUAN. Señor don Cesar: le ruego
por compasion, que me esplique...
CESAR. La amistad ha roto el dique?
pues rompa la guerra, y fuego!
JUAN. (Por Cristo que ya me apura
su amenaza.)
CESAR. En qué quedamos?
en paz ó en guerra?
JUAN. Veamos
de arreglar...
CESAR. Pues compostura.
No perdamos los momentos:
me saca usted hoy de apuros?
JUAN. Y qué quiere usted?
CESAR. Mil duros.
JUAN. Eso no.
CESAR. Pues los quinientos.
JUAN. Empeñado su honor queda
en no hacer uso...
CESAR. Jamas.
(Ni aunque quiera decir mas,
maldito que hacerlo pueda.)
JUAN. Entonces... venga esa mano.
CESAR. Cuento con ellos?
JUAN. Que sí.
PASCUAL. Don Cesar, pregunta aquí
por usted un escribano.

ESCENA XI.

Dichos.—Un Escribano.

Escribano. Servidor.
Cesar. Ah! el del protesto. (*A don Juan.*)
Recoja usté el pagaré;
que yo luego volveré
para recibir el resto.
Señor don Juan...
Juan. Servidor.
Cesar. (*Al Escribano.*) Aquí queda en mi lugar
el que le ha de despachar:
mi cajero, es el señor.

ESCENA XII.

Don Juan.—El Escribano.

Escribano. Oh! que encuentro tan feliz!
déjeme usted que me asombre!
Juan. (Pues calla! quién es este hombre?)
no sé...
Escribano. Soy Manuel Ortiz.
Juan. Afé de Juan Eguiluz
no recuerdo este momento...
Escribano. El que estendió el testamento
del conde de Vera-Cruz.
Juan. (Andan sueltos de seguro,
los malos por esta casa,
porque esto, señores, pasa,
pasa de castaño oscuro.)
Escribano. Vaya el bueno de don Juan!
¡apenas he preguntado
por usted! cá! si he andado
hecho un gamo, un azacan.
Juan. Y por qué?
Escribano. Como leí
en un papel... no sé donde,
la muerte del señor conde,
fijé mi atencion y ví...
Juan. Qué vió usted?

ESCRIBANO. Que se decia
una paparrucha, un cuento:
que murió sin testamento,
cuando está en mi escribanía.
Como no es grano de anis,
lo qne el testamento encierra,
pensé levantar la tierra
dando á la prensa un mentís.

JUAN. Y usted le dió?

ESCRIBANO. No por cierto:
á quien le importe, que acuda.

JUAN. (Si tropieza con la viuda,
todo queda descubierto.)
Claro; á usted no le interesa.

ESCRIBANO. Sin embargo; celebrara
que ocasion se presentara
de hablar yo con la condesa.
Algun tiempo con despacio
la busqué muy decidido,
pero nadie me ha sabido
dar razon de su palacio.

JUAN. Y por qué tanto buscarla?

ESCRIBANO. Porque dicen que hay un duende
que por amigo se vende,
y es bueno desengañarla.

JUAN. Qué hay un duende?

ESCRIBANO. Un enemigo
que el testamento la oculta.

JUAN. Son voces de gente inculta:
no haga usted caso, mi amigo.

ESCRIBANO. Nadie como usted lo sabe,
pues firmó en el testamento,
y acudiria al momento
á remediar mal tan grave.
Pero yo... á pesar de todo,
debí pasarla un aviso.

JUAN. Eh! no señor, no es preciso.

ESCRIBANO. Util sí.

JUAN. De ningun modo.

ESCRIBANO. (Vive Dios que me sorprende!)
Usted me reta?

JUAN. Por qué?

ESCRIBANO. La causa yo no la sé.
(Sin duda que este es el duende.)
En dónde vive la viuda?
JUAN. Yo no lo sé.
ESCRIBANO. Astá en la corte?
JUAN. Creo que nada le importe.
ESCRIBANO. (Pues señor, no cabe duda.
Este es el duende.) Oh! qué mengua!
Usted es un falso amigo.
JUAN. Caballero!
ESCRIBANO. Lo que digo:
jamas me muerdo la lengua.
JUAN. Y qué prueba?..
ESCRIBANO. Una evidente
vendrá ahora mismo en mi ayuda.
Exijo, pues, que á la viuda
hoy mismo usted me presente.
JUAN. Imposible.
ESCRIBANO. En ese caso,
yo sabré lo que he de hacer.
JUAN. (Este hombre me va á perder
si yo no le salgo al paso.)
ESCRIBANO. Deme usted los seis mil reales
de este otro asunto.
JUAN. Corriente:
téngalos usted y cuente.
ESCRIBANO. Cuatro, cinco, seis, cabales.
Servidor de usted, don Juan.
JUAN. Conque quedamos así?
insiste usté en ello?
ESCRIBANO. Sí;
en buscarla con afan.
JUAN. Venga usted aquí, caballero;
no haga usté esa locura,
y entremos en compostura.
ESCRIBANO. Es que no soy pastelero.
Y si por ser escribano,
usted acaso comprende
que mi conciencia se vende,
se engaña, y besó su mano.
JUAN. Es posible?
ESCRIBANO. Sí señor.

JUAN. Ah! no sea usted majadero.
ESCRIBANO. No hay en el mundo dinero
que valga mas que mi honor.
Tiene usted mas que mandarme?
JUAN. Conque con nada se ablanda?
ESCRIBANO. Si otra cosa no me manda...
JUAN. Usted quiere asesinarme!
ESCRIBANO. Solo quiero, y mi acritud
ruego á usted que no le asombre,
que haya honradez en el hombre
y en el amigo virtud.
Y quiero que á la inocencia
se tiendan piadosas manos:
quiero que no haya villanos
que jueguen con la conciencia.
Y pesando las acciones
en justísimas balanzas,
deseo ver en mil lanzas
mil cabezas de ladrones. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

Oiga usted, perro de presa!
calumniador insolente!
y ahora se irá en caliente
á buscar á la condesa!
Y la dará el testimonio
del maldito testamento,
y descubrirá al momento
lo que disponga el demonio.
Caerán sobre mí demandas:
no habrá nadie quien me acuda;
me maldecirá la viuda:
rabiarán los de las mandas
y luego, echarán sus cuentas,
y dirán que han percibido
la mitad de lo que ha sido
el importe de sus rentas.
Y... ¡qué no tenga un cordel
para echarlo en mi garganta!

tiró el diablo de la manta,
y se descubrió el pastel.
¿Qué me resta hacer ahora,
pobre de mí! en este trance?
Oh! no habrá quien me dé alcance
como aun me quede una hora.
Valor, pues; por qué me aflijo?
mientras que encuentra la casa,
estoy seguro que pasa
mas de una hora de fijo.
Caigan sobre mis costillas
odio, rencor, nada importe,
que como deje la corte,
no paro hasta las Antillas.
(*Váse por la puerta lateral.*)

ESCENA XIV.

DON CESAR.—DON DARIO.

CESAR. Te diré, no te acalores,
mi plan. Ah! ten por sabido,
que hoy tambien me han aburrido
cuatro ó cinco acreedores.
DARIO. Cuándo, Cesar?
CESAR. Cuando tú
viste al de Gracia y Justicia
y te dió esa gran noticia,
dado estaba á Belcebú.
DARIO. Adelante.
CESAR. No adelante,
no creas que aquello es ripio:
ese encuentro fué el principio:
mejor, la idea inspiránte.
Pues señor, despues de oir
los insultos de uno y otro,
me dige, «estás en un potro:
«Cesar, esto no es vivir.
«¿Qué te dá ver socorrida
«la necesidad de un año,
«si vuelves á lo de antaño,
«á ser mártir de tu vida?

«Reflexiona bien tu mal,
«y oye mi consejo fiel:
«toma nudo de cordel,
«ó lazada conyugal.»

DARIO. Calla, calla.

CESAR. Esta sentencia,
yo pronuncié para mí.

DARIO. Con formalidad?

CESAR. Que sí.

DARIO. Apenas hay diferencia!

CESAR. No hallo mucha que digamos.

DARIO. Olvidas que yo...

CESAR. Lo veo,
tú ya tienes un empleo
y te casas, no opinamos
acordes. ¿Yo esa tontuna,
teniendo para comer?...
Si acaso, lo debe hacer
quien va en busca de fortuna.

DARIO. Cuando de ese modo empiezas,
calla, Cesar, que da tedio.

CESAR. Si el matrimonio es un medio
de nivelar las riquezas.

DARIO. No hables de eso, que es mejor.
Qué acordaste en tu magin?

CESAR. Cordel ó yugo.

DARIO. Y en fin,
qué elegiste?

CESAR. Lo peor.

DARIO. Lo peor, hombre fatal?
Conque muerte de cordel?

CESAR. Otra mas lenta y cruel:
el enlace conyugal.

DARIO. ¿Y la peor de las dos
la crees tú el matrimonio?

CESAR. Como que es darse al demonio,
y la otra entregarse á Dios.

DARIO. Jesus! Jesus! qué maldito!

CESAR. Pues amen de esa sentencia,
falta oir la penitencia
de este pecador contrito.

DARIO. Y cuál es?

CESAR. Que se resguarda
para ser mas penitente,
una eleccion sorprendente.
DARIO. A quién, Cesar?
CESAR. A Lutgarda.
DARIO. Tú de juicio estás salido
ó te veo por un prisma.
Conque á Lutgarda?
CESAR. La misma.
DARIO. Cesar!
CESAR. Está decidido.
DARIO. A una condesa!
CESAR. Tontuna!
sino conde, soy varon;
y á falta de otra razon,
de audaces es la fortuna.
DARIO. Pero eso cómo se esplica?
¿cómo quieres que lo crea?
tan fastidiosa! tan fea!
CESAR. Tan fea, pero tan rica!..
DARIO. Vaya, creerlo no quiero:
tú, en quien el gusto descuella:
tú, que hablaste tanto de ella.
CESAR. Yo, que ambiciono dinero.
DARIO. Eso no lo justifica
y semejante desliz
te hará por siempre infeliz.
CESAR. Pero Darío, es tan rica!...
DARIO. Déjate de necedades;
de otro modo, te despeñas:
mira chico, si te empeñas,
perdemos las amistades.
CESAR. Como tú quieras, Darío:
yo no retrocedo un paso.
DARIO. Conque te casas?
CESAR. Me caso
si ella acepta el amor mio.
DARIO. Amor!
CESAR. Amor, es corriente;
pues si en ella está el dinero,
queriéndole á él, la quiero
como una cosa inherente.

Resolucion soberana!
qué caballo!

DARIO. (Está perdida
su cholla.)

CESAR. No se me olvida
aquel que ví esta mañana.

DARIO. Mide bien lo que has pensado.

CESAR. Lo dicho, no retrocedo.

DARIO. Ay chico! te tengo miedo,
me vas entrando en cuidado.

CESAR. Abreviemos las razones;
sabes mi resolucion:
cuento con tu proteccion?
ayudarme te propones?

DARIO. Yo...

CESAR. No hay réplica que valga.
Vamos á ver la condesa?

DARIO. Y si mas tarde te pesa?

CESAR. Vamos, salga como salga?

DARIO. Mira que cuantos te estimen
van á decir...

CESAR. Te resuelves?

DARIO. Pues señor... de fijo envuelves
mi inocencia en este crímen.
Qué quieres que haga?

CESAR. Al contado
que vayas tú, se precisa,
y hagas creer á tu Elisa
que estoy muy enamorado.

DARIO. Qué mas?

CESAR. Que no se descuide
en sondear bien el terreno,
y preparar...

DARIO. Bueno, bueno.

CESAR. Y tú las palabras mide.
Porque el caso es que ella entienda
que el interes no me mueve,
y cuente con que yo lleve
un gran capital y hacienda.

DARIO. Y al descubrir la mentira,
no cuentas que quede absorta?

CESAR. Eso Darío no importa,

quién tan adelante mira?
Los años vienen y van,
y curan todos los males:
voy á cobrar esos reales
de la cuenta de don Juan.
Oye Darío otra cosa.

DARIO. Qué quieres?

CESAR. (No cabe duda;
viene de molde en mi ayuda.)

DARIO. El qué!

CESAR. Una idea famosa.
Es grande entre las mejores.
Haz pronto esa diligencia,
que yo vuelvo á su presencia
á darla un ramo de flores.

DARIO. Un ramo?

CESAR. Pues que ha sentido
perder una esta mañana...

DARIO. Qué ocurencia tan galana!

CESAR. Debo ser agradecido.
Tengo razon en lo que hablo?

DARIO. En medio de tus deslices,
me haces reir.

CESAR. Tú qué dices?

DARIO. Qué digo? que eres el diablo.

CESAR. Conque quedamos...

DARIO. Corriente,
si en ello insistes...

CESAR. Insisto.

DARIO. Adios.

CESAR. Adios. (Astá visto
que soy hombre muy valiente.)

(*Váse Darío por la derecha del foro, y Cesar por la puerta lateral.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Sala elegantemente amueblada en casa de la condesa, con iguales entradas que la del acto anterior, siendo un balcon con persianas en lugar de la ventana.

Un velador á la derecha con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

LUTGARDA *leyendo en un libro que abandona en el momento sobre el velador.*—ELISA *mirando á la calle por entre las persianas.*

LUTGARDA. Oh! que bien, dicen Elisa
que el que espera... dónde está?
ELISA. Estoy al balcon.
LUTGARDA. Ya, ya:
quizá aspirando la brisa.
¿No te acobarda ese fuego
que desprende un sol de estío?
ó es que esperas á Darío?
ELISA. Tienes razon; no lo niego.
Te incomoda?
LUTGARDA. No, lo juro:
no me causa ningun daño,

ni tiene nada de estraño
que esperes á tu futuro.
Pero estás de mí tan lejos!

ELISA. (*Acercándose.*)Bien; me sentaré á tu lado.

LUTGARDA. Oh! gracias! lo has acertado:
quiero escuchar tus consejos.

ELISA. Yo aconsejarte?

LUTGARDA. Que sí.
Porque es asunto muy serio,
acudo á tu buen criterio.

ELISA. Te estás burlado de mí?

LUTGARDA. No pienso tal desatino.

ELISA. Veamos, sobre qué punto?

LUTGARDA. Qué ha de ser? Sobre el asunto
que ha de fijar mi destino.

ELISA. De tu boda?

LUTGARDA. Justamente.

ELISA. Bien, y qué?

LUTGARDA. Hoy es el dia
en que me han dicho vendria
mi incógnito pretendiente.
Y juro á fe de Lutgarda,
que mi alma, el ramo de flores
ya le espera con temores
ó ya con ansia le aguarda.
¿Por qué el bueno de don Juan
no dijo es este ó el otro,
y no tenerme en un potro
con tan misterioso afan?
Que es poderoso asegura,
y su honradez justifica,
el no amarme por lo rica
ni menos por mi figura.
Mas desde que me has hablado
de don Cesar...

ELISA. Todavia?

LUTGARDA. Fijo está en el alma mia:
ni un instante le he olvidado.
Ay! ¿por qué esa confesion
que tanto daño me ha hecho
no la ha ocultado tu pecho?

ELISA. Lo siento de corazon.

Yo ignoraba como sabes
ese diabólico plan
con el que tal vez don Juan
consiga hacerte...

LUTGARDA. Oh! no acabes;
porque harto lo temo yo,
y con poco que me incites,
acaso me precipites
á resistirme...

ELISA. No, no.
Tu mamá lo ha decidido,
y no hay remedio, Lutgarda.

LUTGARDA. ¿Quién sabe lo que me aguarda
con ese desconocido?
Don Cesar al fin es hombre
de buenas prendas.

ELISA. Oh! sí.

LUTGARDA. Me quiere con frenesí...
francamente da su nombre...

ELISA. Y que es jóven de talento.

LUTGARDA. Bella figura...

ELISA. Buen modo
en su trato...

LUTGARDA. Y sobre todo,
quiere casarse al momento;
no es así?

ELISA. Lo has comprendido;
cosa es tambien que interesa.

LUTGARDA. El es rico...

ELISA. Tú condesa...

LUTGARDA. Y hará escelente marido.

ELISA. Quién lo duda?

LUTGARDA. Oh! si tuviese
valor para rechazar...

ELISA. Pues lo debes de pensar
sea con otro ó con ese.
¡Graciosos son los amores
que ya piensan en casarse,
y antes tienen que anunciarse
con un ramito de flores!
Eso es insulso, Lutgarda,
y segun yo pronostico,

á ese amante noble y rico,
le guia intencion bastarda.
Ademas, querida prima:
no títulos ni riquezas;
sino otras son las bellezas
de mucho mayor estima.
Es el amor eternal
sensacion tan pura y santa,
que parece nos levanta
á una region celestial.
Gérmen de vida ilusoria,
mas que gozamos en ella,
pareciéndonos tan bella
cual la imágen de la gloria.
Manantial inagotable
de goces y de tristura,
que hasta la misma amargura
es en estremo agradable.
Mas por lo hermoso y divino,
vemos con dulce emocion,
que al interes y ambicion
rechaza de su camino.
Así, pues, si tú deseas
vivir por siempre dichosa,
lanza al desprecio orgullosa
esas mezquinas ideas.
Ama aquel, que amor te brinda:
consulta tu corazon;
y ni interes ni ambicion,
ni violencia te rinda.

ESCENA II.

Dichas.—Don Dario, Don Cesar, *con un ramo de flores.*

Dario. Señoritas...
Elisa. Oh! Darío!
Lutgarda. Don Cesar...
Cesar. Beso sus pies.
Lutgarda. (Y trae un ramo, le ves?
qué significa Dios mio?)
(*Darío y Elisa hablan á parte.*)

CESAR. ¿Descansó usted, señorita
del paseo matutino?
LUTGARDA. Me fue tan grato el camino...
CESAR. De veras? (*Hablan en voz baja.*)
ELISA. Sí, perdidita
está, perdida de amores;
y decide su sentencia
la estraña coincidencia
de ese ramito de flores.
DARIO. Calla! qué misterio guarda?
qué virtud tiene ese ramo?
ELISA. Una señal, un reclamo.
DARIO. No sé...
ELISA. No es para Lutgarda?
DARIO. Creo que sí, mas no alcanza
á comprender mi razon...
ELISA. ¿Es quizá conspiracion
y me niegas tu confianza?
DARIO. Por Dios que no he comprendido...
ELISA. Adelante, caballero:
ser indiscreta no quiero;
guardad secreto cumplido.
(*Cesar da el ramo á Lutgarda.*)
LUTGARDA. Cielos! conque es para mí?
oh! no me engañó el deseo!
Señor don Cesar, ya veo
cuanto el ramo guarda en sí.
Y en verdad que mas quisiera
que esto hubiese suprimido,
sin mas que haber recurrido
á mi amistad verdadera.
Mas conozco su temor,
y él mismo á hablar me provoca:
cada flor es una boca
que me asegura su amor.
CESAR. (Pues que me lleve Satan
si una palabra te entiendo.)
LUTGARDA. Qué dice usted? ¿voy cumpliendo
lo prometido á don Juan?
CESAR. Cierto... y así me acomoda.
LUTGARDA. Sí?
CESAR. Estoy muy agradecido...

LUTGARDA. Nada mas?
CESAR. Y decidido...
(á qué, señor!)
LUTGARDA. A la boda?
CESAR. (Qué escucho? la boda dijo?)
Por supuesto; sí señora:
á qué ha de ser? pronto, ahora.
LUTGARDA. Lo quiere usté así?
CESAR. De fijo.
¿No he de querer, Lutgardita
si siempre estoy suspirando
por ese bien venerando
que tanto el sueño me quita?
La boda! pues ahí es nada
si la deseo y codicio;
y me hiciera gran perjuicio
verla un dia dilatada.
Así, pues, si nos amamos,
y ese venturoso bien
anhela usté y yo tambien,
entonces, á qué esperamos?
LUTGARDA. En efecto, si mamá
en la boda condesciende...
CESAR. Mamá dice usted? se entiende,
su licencia otorgará.
LUTGARDA. Pero qué datos?...
CESAR. Son fijos.
LUTGARDA. Celebro que así lo crea.
CESAR. Una mamá, no desea
sino es el bien de sus hijos.
Y mis prendas, sin lisonja...
LUTGARDA. Oh! son buenas, ya las sabe.
Rico, honrado cuanto cabe...
CESAR. (Me pone como una esponja.)
Con qué las sabe?
LUTGARDA. Si tal.
Don Juan, que de usted responde,
le elogió cual corresponde
á un hombre tan principal.
CESAR. (Ah! don Juan! vaya un enjuague!
pero adelante con él.)
Don Juan es mi amigo fiel.

LUTGARDA. No estraño que así le pague.
(*Siguen hablando en voz baja.*)
ELISA. Ah! nada en contrario arguyo.
Apruebo tu decision,
y diérate el corazon
á no ser ya todo tuyo.
Seremos pobres, qué importa?
nada mas tengo que darte
que la vida, y para amarte
la creeré siempre corta,
pues será un gozar eterno
el vivir juntos los dos:
oh! ya era tiempo que Dios
me sacase de este infierno!
DARIO. Sabe que estoy empleado?.
ELISA. Desde hace pocos instantes.
DARIO. Y se conviene...
ELISA. Cuanto antes,
por echarme de su lado.
DARIO. ¿Cónque ella segun parece,
ni aun te estima?
ELISA. Qué delirio!
¿qué motiva mi martirio
sino es el que me aborrece?
(*Siguen hablando en voz baja.*)
CESAR. No, no habla usted con razon:
si á alguna beldad me postro,
no miro nunca á su rostro;
estudio su corazon.
LUTGARDA. Hablando usted de ese modo,
no hay mas medio que callar.
CESAR. Yo no debo tolerar
que se eche usted por el lodo.
Y sino esa cabellera:
esos dilatados rizos,
¿no son sobrados hechizos
que enloquecen á cualquiera?
DARIO. ¡Vaya una noticia cuca
que me das!
ELISA. Secreto guarda.
DARIO. Pobre Cesar! ¡tu Lutgarda
tan niña y gastar peluca!

ELISA. Ola! y gracias que está salva:
y á pesar de nuestro celo,
pobrecilla! todo el pelo
se la cayó, y quedó calva.

CESAR. Causara á usted mil agravios,
si á las mas preciosas flores,
comparase los colores
de sus mejillas y labios.

DARIO. Pues qué tuvo?

ELISA. Sarampion
y viruelas.

DARIO. Ahí es nada!
Ahora está gruesa, encarnada...

ELISA. Sí; gracias al bermellon.

DARIO. Eso mas Elisa mia?

ELISA. Lo que oyes.

DARIO. Mujer fatal!
cónque novia artificial?
Y de genio?

ELISA. Es una arpía.

DARIO. Sí? pues hay que embalsamarla
para reliquia, al morir:
Ay César! puedes decir
que no hay por qué desecharla.

(*César y Lutgarda se levantan.*)

CESAR. Descanso en esa promesa.

LUTGARDA. Descuide usted, la hablaré.

CESAR. Yo mas tarde me pondré
á los pies de la condesa.
Lutgarda...

LUTGARDA. Adios.

CESAR. Hasta luego.

(*Váse Lutgarda por la puerta lateral.*)

Esto va á paso de ataque.

DARIO. ¿Cónque nada hay que te saque
de tu idea?

CESAR. No. (*Váse por la derecha.*)

DARIO. Está ciego!

ESCENA III.

DON DARIO.—ELISA.

DARIO. ¡El desliz de los deslices
va á cometer!
ELISA. Quién?
DARIO. Ay Dios!
les compadezco á los dos!
ELISA. Pero á quiénes?
DARIO. Infelices!
ELISA. ¿Quieres decir, que palabras
son esas por Belcebú?
DARIO. Y tú, pobre niña, tú,
el dogal para ellos labras.
ELISA. Pues si sigues de ese modo
tu esplicacion tan concisa...
DARIO. Oh! no me aburras, Elisa.
ELISA. Yo quiero saberlo todo.
DARIO. (Si se lo diré, Dios mio!
siendo tan cándida y buena,
casi, casi me da pena...)
ELISA. Pero en qué piensas, Darío?
DARIO. Prometes guardar secreto?
ELISA. Si tú me lo mandas...
DARIO. Sí?
ELISA. Lo puedes dudar de mí?
DARIO. No, Elisa.
ELISA. Te lo prometo.
DARIO. Pues bien; el misterio guarda;
sabe que Cesar... (Dios mio!
me da calor, me da frio...)
ELISA. Qué mas?
DARIO. Que no ama á Lutgarda.
ELISA. Qué no la ama?
DARIO. No por cierto.
ELISA. Pues no le has visto á sus pies?
DARIO. La ama, sí, por interes:
ahí lo tienes descubierto.
ELISA. ¿No me hiciste referencia
de una pasion?...
DARIO. Ahí está el cuento:

de lo dicho me arrepiento:
quiero limpia la conciencia.

ELISA. Pero Darío, qué has hecho?

DARIO. Lo sé que una atrocidad,
mas ya se vé, la amistad...
qué quieres? á lo hecho pecho.

ELISA. Jesus! Jesus!

DARIO. Eh! si gritas,
me darás lugar á que obre...

ELISA. Pero él no es rico?

DARIO. Es mas pobre
que las ánimas benditas.

ELISA. Pero tendrá algun pariente
ó quien le pueda auxiliar.

DARIO. No.

ELISA. Es letrado?

DARIO. Es militar.

ELISA. Comandante?

DARIO. Subteniente.

ELISA. Subteniente!

DARIO. Y de reemplazo,
que á ser un cero equivale.

ELISA. Oh! no, no por lo que vale
mi proteccion le rechazo;
sino que la honrada pauta
que mis sentimientos guia,
no permite que se ria
un impostor de una incauta.

DARIO. Elisa!

ELISA. Sí, un impostor
se llama al hombre que así obra:
yo derrocaré mi obra
sacándola de su error.

DARIO. ¿Así el secreto se guarda
que prometistes ha poco?

ELISA. Ni yo te creo tan loco,
ni de intencion tan bastarda.
¿Prefieres el mero aplauso
de un amigo tan innoble
á ese asesinato doble?

DARIO. Mas...

ELISA. Sé el pesar que te causo;

pero no discurras modo
de que abandone mi intento,
porque yo en este momento
voy á declararlo todo.

DARIO. ¿Y si Cesar sospechara
que yo le habia vendido?

ELISA. Estuviera merecido
si algo caro te costara.
Mas déjalo á mi cuidado,
y no temas.

(*Aparece la condesa por la izquierda del foro.*)

Oh! mi tia,
te dejo.

DARIO. Adios, prenda mia.

ELISA. Me voy por este otro lado.

(*Váse por la puerta lateral.*)

ESCENA IV.

DON DARIO.—LA CONDESA.

CONDESA. Calla, calla, y se va ahora!
que pamemas de chicuelas!
aunque ellas son picaruelas,
no me la pegan.

DARIO. Señora...

CONDESA. Darío...

DARIO. Estoy á los pies
de usted, señora condesa.

CONDESA. Digo que la niña esa
se escapa...

DARIO. El rubor...

CONDESA. Sí, pues.

DARIO. La conocí siempre tímida.

CONDESA. O hipócrita.

DARIO. Oh! no; eso es mucho:
es ruborosa.

CONDESA. Usted ducho.

DARIO. Y usted demasiado rígida.
La pobre, á pesar que un año
hace que usted nos consiente
la amistad, viéndola al frente,

se ruboriza.

CONDESA. Es estraño.
Pero en fin, no es un delito.
Dejemos las pequeñeces
para dar á usted mil veces
la enhorabuena.

DARIO. La admito.

CONDESA. Sé que abordó usted la empresa
del destino.

DARIO. Sí, en efecto;
y se le ofrece mi afecto
á usted, señora condesa.

CONDESA. Gracias: y ahora supongo
que poseyendo el destino...

DARIO. Claro; se me abre el camino
para el bien que me propongo.
Usted obró con acierto
su sobrina al concederme,
antes contando con verme
de la miseria al cubierto.

CONDESA. Cabal: como mi sobrina,
no se halla... pues, muy sobrante,
que sepa, dige, su amante
bajo que base camina.
La tengo en mi casa... es claro:
¿qué mas natural que así obre
quién la vé huérfana y pobre,
y en completo desamparo?
Era su papá el padrino
de mi niña, y mi difunto,
la amaba... era mucho asunto!
la amaba con desatino.
Y yo tambien pobrecita!
que el no tener no desdora:
siempre mérito atesora
quien es virtuosa y bonita.
No es así?

DARIO. Es verdad.

CONDESA. Despues...
verá usted que buena esposa;
muy humilde; primorosa
para bordar...

DARIO. Sé que lo es.
CONDESA. Y en cuanto la aficion cobre
á gobernar...
DARIO. Sí, en efecto.
CONDESA. No tiene ningun defecto,
ninguno mas que ser pobre.
DARIO. Mi amor busca otras bellezas
que deleitan mas el alma.
CONDESA. Claro es, no siempre la palma
rinde el hombre á las riquezas.
DARIO. Y si usted, como me ha dicho,
nos da licencia...
CONDESA. Pues no!
DARIO. Oh! gracias!
CONDESA. (¿Qué quiero yo,
sino echar fuera ese bicho?)
(*Aparece un criado.*)
CRIADO. Señora...
CONDESA. Qué hay?
CRIADO. Solicita
un caballero licencia
para ver á vuecencia.
CONDESA. A mi?
CRIADO. O á la señorita.
CONDESA. Su nombre?
CRIADO. No; no le ha dicho
aunque se lo he preguntado.
CONDESA. Pero á darle se ha negado?
CRIADO. Si señora.
CONDESA. Qué capricho!
Casi es hacer un ultrage.
Qué trazas tiene?
CRIADO. Yo infiero
que sea un gran caballero
porque viene en carrüage.
CONDESA. Pues que entre, que entre al momento:
negarme fuera imprudencia.
(*Váse el criado por la derecha.*)
DARIO. Entonces, con su licencia
me retiro.
CONDESA. Yo lo siento,
pero ya ve usted...

DARIO. Claro es:
será asunto de importancia.
CONDESA. O nada será en sustancia.
DARIO. Señora, estoy á sus pies.

ESCENA V.

LA CONDESA.—DON SILVESTRE *con un ramo de flores.*

SILVESTRE. Condesa... tengo el honor...
CONDESA. Mil gracias, la honra es mía.
No sé... su fisonomía...
es usted?..
SILVESTRE. Su servidor. (*Mostrando el ramo.*)
CONDESA. Sí, gracias; pero mi mente
no acuerda...
SILVESTRE. Cese ese afan:
soy aquel á quien don Juan
Eguiluz...
CONDESA. Ah! el pretendiente...
SILVESTRE. En efecto, aquel que anhela
la incomparable merced
de ser de su hija de usted.
CONDESA. (Muy buena pinta revela!)
SILVESTRE. Y cómo está usted tan sola?
CONDESA. Está allá con sus labores.
SILVESTRE. Traia un ramo de flores...
CONDESA. Ah! sí, bien; en la consola.
(*Hace lo que se indica.*)
Siéntese usted don... su nombre?
SILVESTRE. (Adios con cuatro mil santos!) (*Se sienta.*)
Pues si; bastan sus encantos
á hacer la dicha de un hombre.
Mi mérito personal,
conozco que no es gran cosa,
mas mi suerte generosa
me ha dado un gran capital.
En Aragon y en Valencia,
mi riqueza es celebrada:
tengo un palacio en Granada
de estraña magnificencia.
Caminando viento en popa

mi humor con mis capitales,
recorrí las principales
ciudades de toda Europa.
Y aquí cerrando el capítulo,
á decirla me concreto,
que para ser yo completo,
solo me falta...

CONDESA. Qué?

SILVESTRE. Un título.

CONDESA. Es decir, que si á mi hija...

SILVESTRE. No; poco á poco, condesa,
Lutgardita me interesa,
no hay que echarlo á baratija.
Don Juan, que como usted sabe,
es hombre de mucho juicio,
á mí su afecto propicio
me dió este consejo grave.
«La distincion no se esconde
en ser uno millonario:
júzgasele un perdulario,
al que no es marqués ó conde.»
No dejó de hacerme gracia
este argumento tan bello,
y yo dige... pues á ello,
me lanzo á la aristocracia.
Tanto elogio mereció
Lutgarda, á mi buen amigo,
que francamente lo digo,
esto mi amor encendió.
Y aclimatada mi fe
cuanto mas por ahí la he visto,
en mi propósito insisto,
y por feliz me tendré...

CONDESA. Su peregrina franqueza
hácia usted mi interes mueve.

SILVESTRE. Oh! gracias!

CONDESA. Confiar debe,
no en su opulenta riqueza,
porque si bien yo soy viuda,
y de ello es justo me aflija,
soy feliz, pues veo á mi hija
no estar del todo desnuda.

SILVESTRE. No, no lo ignoro, condesa;
conozco su posicion,
pero de ello hago abstraccion;
ni un ápice me interesa.
Y porque usted se persuada
de la verdad con que la amo,
una condicion reclamo;
que usted no ha de darla nada.

CONDESA. Pero...

SILVESTRE. Lo dicho, señora:
esta es cosa decidida:
disfrute usted en su vida
cuantos bienes atesora.
Pues yo, que soy orgulloso,
en cuestion tan delicada,
no exijo ni quiero nada:
me gusta ser generoso.

CONDESA. (Qué noble corazon tiene!
que desprendido se anuncia!
toda la dote renuncia!
este es el que nos conviene.)
Oh! se ciñe una aureola
quien piensa de esa manera;
y aunque otras causas no hubiera,
bastara con esa sola.
El ánimo esploraré
de ella...

SILVESTRE. Bien. (*Se levanta.*)

CONDESA. Y usted descuide,
que si mi hija se decide,
por mi parte, otorgaré.

SILVESTRE. La honra tal comportamiento.

CONDESA. Mil gracias: ahora quisiera
que si á usted fácil le fuera
ver á don Juan...

SILVESTRE. Al momento:
nada mas fácil señora.

CONDESA. Que venga aquí de contado:
como él es mi apoderado,
quiero consultarle ahora.

SILVESTRE. Al punto será servida.

CONDESA. Pues adios; hasta despues.

SILVESTRE. Pongame usted á los pies
de mi Lutgarda querida.
(*Vánse la condesa por la izquierda y don Silvestre por la derecha.*)

ESCENA VI.

LUTGARDA *con el ramo y* ELISA, *salen precipitadamente por la puerta lateral.*

LUTGARDA. ¿Quieres dejar, fastidiosa,
esas necias vaciedades?
ELISA. Te digo que son verdades.
LUTGARDA. Calla, lengua venenosa.
¿Juzgas tú que no comprendo
todo el valor de esa trama?
mas mi cariño se inflama
con eso que estoy oyendo.
Que es impostor, un perdido
vagamundo, sin carrera,
y quién? aquel que antes era
el hombre mas escogido.
Para el que no halló tu boca
palabras con que elogiarle.
ELISA. Yo...
LUTGARDA. Si vuelves á agraviarle...
oh! no sé á que me provoca.
ELISA. Lutgarda!
LUTGARDA. Ya me fastidia
ese asunto.
ELISA. Mi interes...
LUTGARDA. Bien; bien descubro lo que es:
quieres saberlo?
ELISA. Sí.
LUTGARDA. Envidia!
ELISA. Envidia?
LUTGARDA. Y con gran veneno.
No, no te hagas la taimada:
siempre fuiste muy osada
y es bien se te ponga freno.
(*Elisa se retira llorando.*)
¡Qué modo de deshonrar

al que por noble se admira!
Sí, llora: llora y suspira,
que yo te iré á consolar.
Al fin... plebeya!

ELISA. Por Dios,
tú puedes creer de mí?..

LUTGARDA. Aparta, aparta de aquí:
ya no hay nada entre las dos.

ESCENA VII.

Dichas.—LA CONDESA.

CONDESA. Quién motiva estas rencillas?

LUTGARDA. La chica, que se propasa,
como si hubiera en mi casa
que servirla de rodillas.
De envidia, con loco afan,
viendo que voy á casarme,
cual mónstruo quiere pintarme
al amigo de don Juan.

CONDESA. Ola, ola, señorita!
cónque esas tambien tenemos?
lastima es no consultemos
á la beata santa Rita.
Eh! váyase en hora mala
y alégrate, voto á Cristo.
Ya le he visto

LUTGARDA. Sí? les has visto?
En dónde?

CONDESA. Aquí en esta sala.

LUTGARDA. Pero cuándo?

CONDESA. Hace un instante.

LUTGARDA. Y se marchó!

CONDESA. Volverá.

LUTGARDA. Dios mio! y qué tal, mamá?

CONDESA. Es un pulido diamante.
Hombre de juicio.

LUTGARDA. En efecto.

CONDESA. Es rico á mas no poder,
no se le puede poner
ninguno, ningun defecto.

LUTGARDA. Conque tanto te ha agradado?
CONDESA. Mejor no le hay ni escogido:
franco, noble, desprendido:
la verdad, me ha entusiasmado.
LUTGARDA. Segun eso, ¿nada falta
para colmar mi alegria?
CONDESA. Oh! nada, nada, hija mia;
gózate en dicha tan alta.

ESCENA VIII.

Dichas.—CESAR *y* DARIO *que se acerca á consolar á* ELISA.

LUTGARDA. Silencio, mamá, que llega.
CONDESA. Dónde está?
LUTGARDA. Aquí, no le ves?
CESAR. Señoras, beso sus pies.
CONDESA. En dónde hija?
LUTGARDA. Estás ciega?
CONDESA. Repito que no le veo:
(se ha visto cosa mas rara?)
LUTGARDA. Este.
CONDESA. Y conozco esa cara.
CESAR. (Qué hablarán?)
CONDESA. (Ah! el del paseo.)
LUTGARDA. En este instante he sabido
su entrevista con mamá...
CONDESA. (Delirante mi hija está!)
LUTGARDA. Qué! aun no le has conocido?
Qué paso es este, señores?
No se conocen ustedes?
CONDESA. Esplícalo tú si puedes.
CESAR. (De frio me dan sudores!)
LUTGARDA. ¿No dices tú que le has visto
y le has hablado?
CONDESA. Por Dios!
sino es este.
LUTGARDA. Qué! eran dos?
CONDESA. Uno solo.
LUTGARDA. Jesucristo!
Mas, quién era él?
CONDESA. Qué afan!

quién ha de ser, hija mia?
por quien me habló el otro dia
mi apoderado don Juan.

LUTGARDA. Perdona, mamá, perdona,
que haces muy poco favor;
solo habló por el señor.

CESAR. Tal creo.

LUTGARDA. Y esto lo abona. (*Mostrando el ramo.*)

CESAR. (Ahora tengo temblores.)

LUTGARDA. ¿No te acuerdas tú, que dijo,
mañana viene de fijo,
con un ramito de flores?

CONDESA. Mucho: muy cierto que sí,
pero esto nada lo aclara,
porque el otro... cosa rara!
flores dejó para tí.

LUTGARDA. Dónde están?

CONDESA. En la consola.

LUTGARDA. Me confundo, vive Dios!
Resulta que ellos son dos...

CONDESA. Y que tú eres una sola.

LUTGARDA. Don Cesar, vaya, acabemos,
que esto me pone en cuidado.

ESCENA IX.

Dichos.—DON SILVESTRE, *que llega azorado.*

SILVESTRE. Qué tal, señora, he tardado?

CONDESA. Lutgarda, aquí le tenemos.

SILVESTRE. Señoras... beso sus pies:
celebro que esta ocasion...

LUTGARDA. Me lleno de confusion.
gallarda figura es!

(*Cesar y Darío hablan á parte.*)

DARIO. No le conozco.

CESAR. En él hallo
yo no sé que semejanza...

SILVESTRE. (Qué tal? hay buena esperanza?) (*A la condesa.*)

CONDESA. Creo que sí.

CESAR. Ah! el del caballo.

DARIO. El mismo.
CESAR. Yo bien decia;
no es esta la vez primera.
Lástima es no consiguiera...
DARIO. Qué?
CESAR. Hacerle de infantería.
CONDESA. Encontró usted á don Juan?
SILVESTRE. Cá! si me ha quedado yerto
una catástrofe...
CONDESA. Ha muerto?
SILVESTRE. No.
CESAR. (Respiro, voto á san!)
CONDESA. Pues qué es?
SILVESTRE. Una cosa horrible:
que de prisa en su cuarto entro,
y lo único que encuentro
es esta carta terrible.
CESAR. (Quieres callar? qué fastidio!
déjame seguir mi estrella.)
CONDESA. Pero qué? qué dice en ella?
SILVESTRE. Casi indica un suicidio.
CONDESA. Un suicidio?
SILVESTRE. No hay mas:
ó que se marcha de España.
CONDESA. Ocurrencia mas estraña!
Leeremos.
DARIO. (Por san Blas!
antes que esto se alborote,
desiste hombre de tu idea,
la ves? la ves? uf! qué fea!)
CESAR. Pero y su dote! su dote!!!..
DARIO. Ya te he dicho que es muy cuca
la madre, y en dar muy corta.
CESAR. Bien, déjame; eso no importa.
DARIO. Mira que gasta peluca.
CESAR. Dale! si el turbion no escampas,
me vas á matar de tedio:
¿me buscas otro remedio
para salir de mis trampas?)
CONDESA. Dios mio! yo me acongojo!
Jesus! lo que hemos perdido!
LUTGARDA. Mamá!

ELISA. Tía.
CESAR. Qué ha ocurrido?
CONDESA. Pobre don Juan! qué sonrojo!
LUTGARDA. Mas qué dice ese papel?
SILVESTRE. Que el temor de verse reo
en un delito muy feo,
le obliga...
CONDESA. Trance cruel!
¡Pocos hombres se verán
de su honradez tan sin tasa!
Oh! qué será de mi casa!
dónde hallaré otro don Juan!
SILVESTRE. Condesa, usted no se aflija
de un mal que al fin es ageno,
y aunque yo no sea tan bueno,
si al fin accede su hija...
CESAR. (Has oido al ganapan?
y mira cual la requiebra:
¿á qué se rompe la hebra
por este nuevo galan?)
SILVESTRE. Conque en fin, se hace la boda?
LUTGARDA. Con quién? con usted?
SILVESTRE. Conmigo.
CESAR. (*Interponiéndose.*)
Perdóneme usted, mi amigo;
será si á mí me acomoda.
SILVESTRE. Caballero!
CESAR. Ciudadano!
CONDESA. Lutgarda!
LUTGARDA. Pero señores!
¿hay concurso de acreedores
al solicitar mi mano?
CESAR. ¿Con qué derecho se atreve
á usurparme...
SILVESTRE. Qué insolencia!
Eso es una violencia.
CESAR. Y usted es un hombre aleve.
SILVESTRE. Reporte usted esa lengua,
pues sino... de lo contrario...
CESAR. Tenerle por adversario
en tal cuestion, fuera mengua.
Y no dé usted al olvido,

que esta es ya mi propiedad,
pues de libre voluntad
Lutgarda lo ha consentido.

SILVESTRE. Condesa, lo está usté oyendo?

CONDESA. Qué dices? qué estás pensando?

LUTGARDA. Que el juicio me va faltando
segun me voy confundiendo.

SILVESTRE. (*A Cesar.*) Que decida; usted, ó yo.

CESAR. Que decida; convenido.

LUTGARDA. Sepamos: ¿quién me ha traido
las flores?

CESAR. Fuí yo.

SILVESTRE. Fuí yo.

LUTGARDA. Si tan conformes están,
nunca será averiguado:
¿quién es el recomendado
por nuestro amigo don Juan?

CESAR. Yo.

SILVESTRE. No, que soy yo.

LUTGARDA. Pardiez!
que el juicio me vuelven loco.

CESAR. Yo no miento.

SILVESTRE. Yo tampoco.

CESAR. Uno miente.

SILVESTRE. Usted.

CESAR. Usted.
Pues con tan porfiado afan
entre los dos se disiente,
como juez mas competente,
que lo decida don Juan.

SILVESTRE. Eso es solo un subterfugio.

LUTGARDA. (A comprenderlo no acierto.)

SILVESTRE. ¿Quién sabe si estará muerto,
ó cuál será su refugio?
¿Olvida usted por ventura,
la carta que se ha encontrado?

LUTGARDA. Qué lance tan apurado!

CONDESA. Decide tú, criatura.

ESCENA X.

Dichos.—El escribano *con papeles.*

Escribano. Dios les guarde.
Condesa. Caballero...
Escribano. Señoras, beso sus pies.
Lutgarda. Este buen hombre, quién es?
Escribano. Soy ave de buen agüero.
¿Doña Ezequiela Berdija, (*Leyendo.*)
viuda de don Luis de Plaza?
Condesa. Yo soy, pero qué...
Escribano. Cachaza.
Doña Lutgarda, su hija?
Lutgarda. Servidora.
Escribano. Bien, querida.
Doña Elisa Fuentes Ramos?
Elisa. Servidora.
Escribano. Refiramos
la causa de mi venida.
Doméstico asunto es:
(*Toman los sombreros.*)
no, no señores, no importa,
mi visita será corta:
se irán ustedes despues.
Entre tanto, como amigos
conviene que estemos juntos,
que en tan vitales asuntos,
me gusta que haya testigos.
Yo soy don Manuel Hortid
escribano de la corte:
sépase por lo que importe
pues público es en Madrid.
Presente un tal Eguiluz,
dos años há sino miento,
que otorgó su testamento
el conde de Vera-Cruz.
Condesa. No es verdad.
Escribano. Por Dios, señora;
hable usted con mas respeto:
sé que descubro un secreto
que usted como otros ignora.

Señores, como decia,
por el tiempo señalado,
el señor conde citado,
testó allá en mi escribanía.
Al otorgante, le plugo
firmara como testigo,
quien creia un fiel amigo,
siendo solo un fiel verdugo.
En fin, al fallecimiento
del conde, ese hombre atrevido,
que falleció, ha sostenido
sin otorgar testamento.
Y yo, á mi conciencia fiel,
en obsequio y en ayuda
de la hija y de la viuda,
á dar vengo cuenta de él.

CONDESA. Pero gran Dios! ¿y ese hombre
que al conde de Vera-Cruz?...

ESCRIBANO. Se llama Juan Eguiluz.

CONDESA. Cielo santo!

ESCRIBANO. Ese es su nombre.

LUTGARDA. Traidor!

CONDESA. ¿Cónque me ha engañado
con capa de fiel amigo,
y por ponerse al abrigo
de su infamia, se ha escapado?

ESCRIBANO. No; no ha tenido ese gozo.

CONDESA. Pues qué?

ESCRIBANO. Hubo gente apostada;
le corté la retirada...

LUTGARDA. Y qué?

ESCRIBANO. Está en un calabozo.

CONDESA. Justicia de Dios!

ESCRIBANO. Pues luego!

CESAR. Magnífico! usted lo entiende.

ESCRIBANO. Todo esto, amigos, se aprende;
pasé mis años de lego.
Conque vamos á otra cosa,
porque el tiempo es muy precioso
y falta lo mas gracioso:
escuchen hija y esposa.
«Tengo en bienes productivos (*Leyendo.*)

cual sabe mi apoderado,
y segun adjunto estado,
tres millones efectivos.»
«A mas, sobre Vera-Cruz,
treinta mil duros en créditos,
y dado cien mil á réditos
como le consta á Eguiluz.»
«Es mi voluntad precisa,
irrevocable y formal,
que el quinto de mi caudal
pase á ser de doña Elisa...

CONDESA. Son falsos esos renglones.

ESCRIBANO. «Doña Elisa Fuentes Ramos.»

CONDESA. Cónque entonces nos quedamos?...

ESCRIBANO. Con mas de cuatro millones.

(*Los dos hablan en voz baja.*)

DARIO. Elisa! Cesar! qué es esto?

CESAR. Qué singular ocurrencia!

ELISA. La Divina Providencia
nos lo envia.

CONDESA. Yo protesto.

ESCRIBANO. Como usted guste, señora.

ELISA. Oh! mas que por verlo mio,
me alegro por tí Darío.

DARIO. Bendita sea esta hora.
Y al ver nuestra buena suerte, (*A Cesar.*)
insistes en tus locuras?

ELISA. Oh! no!

CESAR. Pues qué te figuras?

DARIO. Quieres perderla y perderte?

CESAR. Calla, necio.

ELISA. Amigo mio;
desista usted de esa idea,
y mi fortuna, que sea
de usted solo y de Darío.

CESAR. Vea usted que eso me humilla...

ELISA. Y se intenta esclavizar?

CESAR No; mas eso de nadar
para morir á la orilla...

DARIO. Y qué importa?

CESAR. Antes prefiero...

DARIO. Vivir esclavo?

CESAR. Eso no:
ser rico.
DARIO. No lo soy yo?
CESAR. (A que me quedo soltero?)
DARIO. Tuya es nuestra suerte toda,
si reparas tus deslices.
ELISA. Es verdad.
DARIO. Vamos, qué dices?
CESAR. Qué?.. que renuncio á la boda.
ELISA. (Oh! mi prima se ha salvado!)
DARIO. Eres hombre de provecho.
CESAR. Renunciaré mi derecho
despues de haberle cobrado.
DARIO. Cómo!
CESAR. ¡Conque el señorito
(*Señalando á don Silvestre.*)
es millonario!.. esperarse:
verás si llega á casarse
lo que le cuesta al mocito.
ESCRIBANO. Siguen en el testamento
ciertas cosas que contiene,
y para leerlas, conviene
nos mudemos de aposento.
CONDESA. Si lo exigen...
ESCRIBANO. No hay amaños
ni cosa que les sonroje;
mas quizá quizá la enoje
que lo escuchen los estraños.
CONDESA. Cuando usted guste.
ESCRIBANO. Al instante.
CONDESA. Señores, con su permiso.
SILVESTRE. Hasta despues.
CONDESA. Es preciso
dispensen.
ESCRIBANO. (*A Elisa.*) Usted delante.
ELISA. Yo tambien?
ESCRIBANO. Con usted reza
igual que con los demas.
(*Vánse por la puerla lateral.*)

ESCENA XI.

DON CESAR, DON DARIO, DON SILVESTRE.

DARIO. Cada dos minutos, vas
perdiendo mas la cabeza.
CESAR. Hazaña de mucha gloria
fuera, si bien se medita,
que por su cara bonita
le cediese la victoria.
DARIO. ¿Dónde tienes al presente
para darle un mayorazgo?
cuentas con algun hallazgo?
CESAR. Eres un pobre inocente.
DARIO. Mas no renuncias á ella?
CESAR. Pero con cuenta y razon:
cállate y presta atencion
á ver por donde resuella.
SILVESTRE. Caballero!..
CESAR. Servidor.
SILVESTRE. Ya estamos solos.
CESAR. Lo veo.
SILVESTRE. A todo trance deseo
poner en claro ese error.
Usted ama á esa muchacha?
CESAR. Mas que usted.
SILVESTRE. Eso no es cierto.
CESAR. En qué usted lo ha descubierto?
se me conoce en la facha?
SILVESTRE. No; pero yo con don Juan
he concertado esta boda.
CESAR. Con su dote se acomoda,
miren ustedes el truan.
SILVESTRE. Poco á poco, caballero;
la amo por lo que ella vale.
CESAR. Eh! qué tal! por donde sale!
palea usted el dinero?
Francamente, amigo mio,
en este siglo no es moda
el concertar una boda
con cimientos de amorío.
Y yo, que hago la escepcion

de esta regla general,
le confieso muy formal
que no admito transacion.
La voluntad de Lutgarda,
la tengo bien conocida,
y sé que en esta partida
solo un desaire le aguarda.
Pero por no defraudarle
sus esperanzas del todo,
deseo yo de algun modo
su humildad recompensarle.
Así, pues, le tiene cuenta
dejarme con la victoria,
y le doy para memoria...
veinte mil reales de renta.

DARIO. Cesar!

SILVESTRE. Qué audaz!

CESAR. Sino basta
á saciar su ambicion esto,
aumentaré al presupuesto...
un alazan de gran casta.

SILVESTRE. Se está usted burlando acaso?

CESAR. No es mi ánimo tal cosa;
ni en una accion generosa
cupiera...

SILVESTRE. De ira me abraso!
sabe usted quién soy?

CESAR. Lo ignoro,
pues no he oido su nombre,
mas no veo mas que un hombre...

SILVESTRE. Que puede enterrarle en oro.

CESAR. Tambien usté es poderoso?
lo celebro, vive Dios.

SILVESTRE. ¡Y á saber quien de los dos
supera en lo generoso!
Veinte mil reales de renta!
gran fineza le merezco!
Desista usted y le ofrezco...
no los veinte, sino treinta.

CESAR. Ola! su orgullo le he herido!
pues mire usted, francamente,
hombre soy, que entro igualmente

á un fregado que á un barrido,
y si usted mucho me apura...

SILVESTRE. De veras?

CESAR. Lo que le digo.

SILVESTRE. Acepte usted, y me obligo
á hacerle de ello escritura.

CESAR. Hombre... no sea usté el demonio:
no incite mi tentacion...
Diga usted, ¿hay decision
por el santo matrimonio?

SILVESTRE. Júrole que estoy resuelto
con la fe mas verdadera.

CESAR. (Qué hago?) (*A Darío.*)

DARIO. (Eres un calavera.)

CESAR. (Qué hago? la promesa suelto?)

DARIO. (Eso te hace poco honor:
es lo mismo que una venta.)

CESAR. (Esto es lograr una renta
con ingenio. Ea! valor!)
Cónque treinta? Eso es muy poco:
eso se ofrece á un hambriento.

SILVESTRE. Cuarenta: está usted contento?

DARIO. (Uno es necio y otro es loco.)

CESAR. Cuarenta mil?.. de criados
pago yo mas anualmente.

SILVESTRE. Pues amigo, ingenuamente;
sirven á usted demasiados.

CESAR. Cónque no se atreve á mas?

SILVESTRE. Y es poco? Usted me perdone,
mas creo haber...

CESAR. (Me compone
si de ello se vuelve atras.)
Amigo... venga esa mano:
yo no soy tan usurero;
y ademas, tampoco quiero
me tenga por un tirano.

SILVESTRE. Cómo?

CESAR. Acepto los cuarenta.

SILVESTRE. De verdad?

CESAR. Se lo prometo;
pero... que sea un secreto.

SILVESTRE. Eso corre de mi cuenta.

CESAR. Ya ve usted; siempre es ganancia
porque ella al fin es muy rica.
SILVESTRE. Su riqueza no le implica
al que nada en la abundancia.
CESAR. (Qué atroz es! me queda corto.)
SILVESTRE. Y quién á esa criatura...
la dice...
CESAR. Y eso le apura?
yo mismo: qué tal? me porto?
SILVESTRE. Usted mismo?
CESAR. Sí, yo mismo:
por qué lo pone usté en duda?
ni tengo la lengua muda,
ni me dará un parasismo.
La diré... que francamente
pienso ya de otra manera,
ó sino... sí, mejor fuera
un recurso... sorprendente.
Yo la diré... verbigracia
que soy pobre.
SILVESTRE. Buena idea!
nada mas?
CESAR. Segun lo vea:
déjelo usted á mi audacia.
SILVESTRE. Es usted muy ocurrente:
lo creerá á no dudar.
CESAR. Diré que soy militar.
SILVESTRE. En efecto.
CESAR. Un subteniente.
SILVESTRE. Eso es mucho rebajarse.
CESAR. Y qué importa?
SILVESTRE. Eso es verdad.
CESAR. Así hay mas seguridad
de que quiera retractarse.
SILVESTRE. Sí, sí, en efecto; me callo:
está muy bien prevenido,
y en prenda de agradecido,
le ofrezco mi gran caballo.
CESAR. Su gran caballo?
SILVESTRE. Sí á fe.
CESAR. (Ya cayó!) Tanta bondad...
SILVESTRE. Ya vienen: serenidad.

CESAR. Cumplirá usted?
SILVESTRE. Cumpliré.

ESCENA XII.

Dichos.—EL ESCRIBANO, LA CONDESA, LUTGARDA *y* ELISA.

ESCRIBANO. Mil gracias por las mercedes,
y repito amigas mias,
que don Juan, en cuatro dias,
rendirá cuentas á ustedes.
Y ya que con gusto lidio
contra un pícaro galeote,
sino le hago ir á un garrote,
va diez años á presidio.
CESAR. (*Al escribano.*) Si mucho no se incomoda,
le ruego espere un momento.
ESCRIBANO. Qué ocurre? algun testamento?
CESAR. No señor que es una boda.
ESCRIBANO. (*Sentándose á la mesa.*) Magnífico, vive Dios!
ya me tiene usted dispuesto
con pluma en ristre.
CONDESA. Qué es esto?
una boda?
CESAR. O quizá dos.
CONDESA. Cómo dos?
CESAR. Sí: la primera,
(*Dirigiéndose á la mesa con Darío y Elisa.*)
de estos ángeles benditos.
DARIO. Cesar!
ELISA. Don Cesar!
CESAR. Vivitos!
no es esto lo que se espera?
LUTGARDA. Y la otra?
CESAR. Solo aguarda
el perdon de unos agravios,
y que el sí otorguen los labios...
CONDESA. Qué labios?
CESAR. Los de Lutgarda.
CONDESA. Se sabe ya claramente?..
CESAR. Una palabra, señora:
hay un hombre que la adora

con una pasion vehemente.
Con pasion tan decidida,
que si á tiempo no he salido,
por ella hubiese perdido
con la esperanza, la vida.
Es honrado, es opulento;
generoso, cuanto cabe.
(Quiere usted que mas le alabe?)

SILVESTRE. (Basta.)

CESAR. Y digo lo que siento.
Existe otro contrincante,
que aunque de honrado le sobre,
con declarar que es muy pobre,
creo está dicho bastante.
Y hablándoles francamente,
porque no arguya malicia,
pertenece á la milicia
en clase de subteniente.
Amor encontró benigno
en los brazos de Lutgarda,
y el uno y el otro aguarda
ver cual de ellos es mas digno.

LUTGARDA. Gran Dios!

CONDESA. Deja me recobre
para ver si yo lo esplico.
Es decir que usté es... (*A don Silvestre.*)

SILVESTRE. El rico.

CONDESA. Y usted, don Cesar...

CESAR. El pobre.

LUTGARDA. Dios mio! qué es lo que escucho?
pobre Elisa! ven aquí. (*Se abrazan.*)

CESAR. (Ya del aprieto salí.)

SILVESTRE. (Es usté el hombre mas ducho.)

LUTGARDA. ¿Y hace alarde de su honor
el hombre que tanto abusa?

CESAR. Señorita, usted me acusa
con demasiado rigor.

LUTGARDA. ¿Por qué usted me habló de amores
pretestando que don Juan...

CESAR. Ese el error en que están:
la culpa tienen las flores.
Las trage sin la intencion

que usted sin duda supone.

LUTGARDA. Don Cesar!

CESAR. Usted perdone;
suya es la equivocacion.
Compensar fue mi deseo
la pérdida de otra flor,
que me hizo usted el honor
de admitir en el paseo.

LUTGARDA. Y llegamos á entender
que cuando le ví las flores
yo empecé á hablarle de amores...

CESAR. Y yo me dejé querer.

LUTGARDA. Qué oigo?

SILVESTRE. (*A Cesar.*) (En ello se sostenga.)

CESAR. Habló usted tan afluente,
que hubiera sido imprudente
interrumpirla su arenga.

SILVESTRE. (Qué oportuno!) no merece
que se exalte su rubor:
eso es solo un simple error
que cualquiera le padece.

CONDESA. Ten valor, hija del alma:
no oyes á este caballero?

SILVESTRE. Vamos Lutgarda; yo quiero
que recobre usted la calma.
De otro modo, se supone...

CONDESA. Oh! no señor. (Habla luego.)

LUTGARDA. Ya estoy bien: solo le ruego...

SILVESTRE. El qué?

LUTGARDA. Que usted me perdone.

SILVESTRE. El concederlo rechazo,
pues no ha ofendido mi honor.

LUTGARDA. Oh! gracias. (*Se dan las manos.*)

CESAR. Eso es mejor:
aun les falta esto: un abrazo. (*Les hace abrazar.*)

CONDESA. Muy bien; muy bien.

LUTGARDA. Caballero!..

CESAR. Perdone usted...

CONDESA. (Qué maldito!)

SILVESTRE. Es de humor.

CESAR. (Oh Dios bendito!
qué gloria es quedar soltero!)

Está ya? vamos de prisa, (*Al escribano.*)
que aun falta mucho que hacer.

ESCRIBANO. Mas novios.

CESAR. Vamos á ver.
(*Separando á las dos primas.*)

ELISA. Lutgarda!

LUTGARDA. Perdona, Elisa.

ESCRIBANO. Sepamos: ¿cómo es el nombre
de ese nuevo contrayente?

SILVESTRE. (Ahora es ella, Dios clemente!
y cómo respondo á este hombre?)
(*Da una tarjeta al escribano, y este se rie al leerla.*)
(Y se rie el majadero!)

ESCRIBANO. (Toro Bravo; así lo copio:
para casado, lo propio;
solo le falta un torero.)
Ahora el de esa señorita.

CONDESA. Lutgarda de Plaza.

ESCRIBANO. Es claro.

SILVESTRE. (Oh! qué apellido tan raro!
qué casualidad maldita!
¡Si tendrá toda mi raza
la maldicion de Satan!
Conque mis hijos serán...
sin duda, Toros de Plaza!)

CESAR. (*Acercándose á leer los contratos.*)
Oigame usted, camarada: (*Al escribano.*)
qué dice en este renglon?
aquí hay equivocacion;
se casa alguna bacada?

ESCRIBANO. No entiendo.

CESAR. Si usted ha escrito
don Silvestre...

SILVESTRE. Por san Blas!
calle usted, no diga mas.

CESAR. Pues qué? cometo un delito?
Si es que ha escrito un disparate.

SILVESTRE. Sí lo sé.

CESAR. Ha leido usté esto?

SILVESTRE. Mi nombre, sí; ay! me ha puesto,
la cara como un tomate.

CESAR. Cónque su nombre es?...

SILVESTRE. Por Cristo,
calle usted.
CESAR. Bueno, ya callo.
Já! já! já! de risa estallo.
SILVESTRE. (*Limpiándose el sudor.*)
Ay! Jesus! cómo me he visto!)
ESCRIBANO. Por terminado.
CESAR. A firmar,
y esta es cuestion concluida:
ya tenemos otra vida,
ahora, Darío, á gozar.
Condesa, y á usted, Lutgarda,
perdon humilde las pido
si ofenderlas he podido.
Qué es eso? rencor me guarda? (*A Lutgarda.*)
LUTGARDA. No se le tengo, siquiera
por la leccion que me ha dado.
CESAR. Bien; mas quiero ser pagado
con su amistad verdadera.
LUTGARDA. Se la prometo.
CESAR. Oh! ventura!
(Amigo; á lo que interesa: (*A don Silvestre.*)
cuándo cumple su promesa?)
SILVESTRE. (Hoy haremos la escritura.)
CESAR. (Corriente.) Viva mi audacia,
y mis fingidos amores,
y viva el ramo de flores
precursor de tanta gracia.
Y pues no soñé en mi cuna
un porvenir tan soberbio,
será mi guia el proverbio
DE AUDACES ES LA FORTUNA.

FIN DE LA COMEDIA.